PLACER

Poesía / Literatura / Arte / Conocimiento / Erotismo / Rarezas

N° 7, VERANO 2017

PLACER ES

Placer es una revista de la Asociación Literaria La Mordida. Placer es intrínsecamente otoñal, sobre todo en otoño. Placer, ya lo dijimos, es nihilista, sobre todo en primavera, viendo atardecer con las pirámides al fondo. Y lo seguimos sosteniendo, colgados de un anzuelo boqueando espumarajos sobre la cubierta cubierta de brea: Placer es una revista nihilista ni tonta. Placer es o no es. Todo depende de la violencia que emplee nuestra tripulación para exigir la paga o la dignidad. Placer es, o será, isleña. Precisamente, cuando dicha turba, con horcas y antorchas en las manos, nos amenace y abandone en la mitad del océano infinito. Placer es un faro estropeado dando palos de ciego al mar embravecido. Placer es matemáticamente incompatible. Placer, como esas cigarras (*Magicicada septendecim*) que solo emergen en intervalos de números primos, se rige por idioteces cósmicas y leyes aún no escritas, pero sobradamente conocidas. Placer es darwinista y lamarckiana a partes iguales. Placer bebe de los estereotipos insólitos y come directamente del suelo. Placer es subcutánea, acaso intramuscular, y cuando tenga presupuesto, te regalará un Sugus tras el pinchazo. Placer es, por tanto, inclusiva, y no discrimina a los que tienen diabetes. Tampoco a los disléxicos: todos somos persianas. Placer es una publicación submencionada por personas como usted. Gracias.

PRÓLOGO

No es fácil prologar algo que no existe ni tiene visos de existir. O, al menos, de existir mucho. Por una parte, ya hemos comentado alguna vez que nos lanzamos sin temor a prologar las páginas en blanco, por aquello de empezar por el principio, sin Verbo ni nada. Y por la otra, cierto pesimismo nos abruma en estos momentos. Somos solo un par de locos los que aquí estamos. Esquizofrénicamente entusiastas, intentamos siempre arrastrar a los demás a nuestras monomanías, alguna vez, pensamos, con cierto éxito (ver números anteriores). Pero el verano está terminando y aún estamos solos. Cierto es que hace mucho calor, o que en el séptimo día (aquí: número) el Señor (aquí: el Consejo Editorial) descansó; o eso sostienen los menos darwinistas. Pero nosotros recorremos el globo siguiendo esos vectores punteados que marcan el inicio y el final de unas pocas vidas en nuestro Beagle particular, y no soportamos a los herejes lamarckianos. Igualmente, ahora no queríamos discutir acerca de teorías evolutivas: está claro que el hombre proviene del garbanzo. Lo que queríamos argumentar tan inconexamente es que Nosotros (por supuesto, el Consejo Editorial emplea el plural mayestático) no descansamos nunca, ni en el séptimo ni en el octavo ni en... Bueno, en verdad llegará la estación del descanso eterno, hasta tenemos decidido qué autor será placerificado por última vez. En fin, que no hay mucho que decir, aún; aparte de un pequeño comentario/consejo que dejamos para dentro de unas pocas líneas. Por el momento bastará tener en cuenta la enfermedad, las tardes lluviosas, unas botas manchadas de barro, manos ligeras sobre sábanas de hilo que huelen a puro champiñón por la humedad reinante. Sensación de odio ante el espejo. También cierta violencia, cierta desazón. Bajo estos influjos y el contexto histórico (ver más adelante), es casi tautológico (rebuznante para los amantes del vocabulario popular) el advenimiento de una autora como Virginia Woolf. Lo dejamos aquí de momento. Pasen y vean. Pero antes el consejo (del Consejo) prometido. Es un hecho innegable que el conocimiento de algunos detalles de la vida de un autor nos puede conducir a no querer saber nada de su obra. Suponemos que esto le ha sucedido a algún fiel lector de los anteriores números de PLACER (por cierto, este comentario es tan inocente e ingenuo por nuestra parte que ahora casi tienen la obligación de leer algo de lo que escribimos), pero sí tenemos conocimiento de alguna opinión en este sentido en el presente número. Citamos, sin desvelar la fuente (perdonen por el tecnicismo presumido, pero en este número hemos invitado/reclutado a dos periodistas de verdad y queremos quedar bien...) y sin censurar una sola palabra (bueno, en verdad dos o tres): «Mrs. Woolf, nos compadecemos de los pobres diablos que tuvieron que aguantarte y, asimismo, nos compadecemos de tu estúpida alma». En conclusión, si alguien no les cae bien, el Consejo Editorial aboga por mantener los prejuicios hasta el final y no leer las obras de ese autor (especialmente si es peruano y de derechas, por ejemplo). Sí, ya sabemos, para ser de una asociación literaria, esta postura es muy sectaria y radical, pero ya toleramos demasiadas cosas en nuestra vida... El corolario interesado es que, en cualquier caso, pueden usar PLACER para tomar esa decisión. Por último, comentar que el Consejo Editorial está dividido en el caso de nuestra Virginia; pero solo acerca de su vida, en ningún caso acerca del hecho de responder de forma reaccionaria y visceral cuando un autor nos solivianta, aunque sea levemente, aunque sea de forma probablemente injusta e injustificada. He aquí el placer de pacer.

BIOGRAFÍA

Adeline Virginia Stephen nació el 25 de enero de 1882 en Londres, en el seno de una familia de clase media alta y en un entorno intelectual en el que se movería toda su vida. Hija de sir Leslie Stephen, crítico literario, historiador y filósofo, y de Julia Prinsep Jackson, modelo de pintores prerrafaelitas como Edward Coley Burne-Jones, Virginia fue la tercera hija de los cuatro que tuvo el matrimonio, pero tenía cuatro hermanos más de los anteriores matrimonios de sus padres, que habían estado casados previamente y habían enviudado.

Aunque nunca fue a la escuela, Virginia recibió la herencia intelectual de finales de siglo XIX. Realizó sus estudios en casa con sus padres, en un ambiente frecuentado por literatos, artistas e intelectuales, entre los que destacan Henry James, Thomas Hardy y Julia Margaret Cameron. Además, se sumergió en la inmensa biblioteca de su padre y en este contexto Virginia escribió su primer periódico: *The Hyde Park Gate News*, una publicación que ideó en su infancia donde narraba los sucesos que pasaban en casa. Pero uno de los paisajes clave de su infancia fue Talland House, la casa de veraneo de la familia en St. Ives, Cornualles, donde pasaron las vacaciones de 1882 a 1894. Una casa familiar que fue un recuerdo recurrente para Virginia, y que aparece en la novela *Al faro* (1927).

La infancia de Virginia no fue especialmente feliz y estuvo marcada por la muerte de su madre, en 1895, cuando ella tenía 13 años: un golpe emocional que afectó enormemente a la futura escritora, quien entonces sufrió su primera crisis depresiva. Solo dos años más tarde, cuando tenía 15 años, murió su hermana mayor Stella, quien se había hecho cargo de la familia después de la muerte de su madre. Dos muertes que supusieron una etapa dura para Virginia, en una época marcada también por los abusos sexuales que sufrió, junto a su hermana Vanessa, por parte de su hermanastro.

Virginia padeció su segunda crisis nerviosa en 1904, a los 22 años. Y un año más tarde, en 1905, murió su padre de cáncer. En este momento, Virginia y sus hermanos decidieron dejar su hogar de Hyde Park Gate, en el barrio de Kensington, y trasladarse al bohemio barrio de Bloomsbury, que más tarde dio nombre al grupo de poetas, novelistas y artistas que se reunían en su nueva casa para compartir sus actividades intelectuales. La comunidad se conoció como «el grupo o círculo de Bloomsbury», y la mayoría eran amigos del hermano de Virginia, Thoby, que los había conocido en la universidad de Cambridge. Entre ellos, destacan nombres como T. S. Eliot, Bertrand Russell, J. M. Keynes y Edward Morgan Forster. En esa época Virginia ya empezó a escribir críticas literarias en el periódico *The Guardian* y en otras publicaciones como *Times Literary Supplement*.

Uno de los integrantes del grupo era el economista Leonard Woolf, el único miembro de Bloomsbury que no pertenecía a la alta burguesía ni a la aristocracia, y que se convertiría en el compañero de vida de Virginia. La escritora se refirió a él como un «judío sin un céntimo» en una carta a su amiga Violet Dickinson donde le contaba su compromiso. Se casaron el 10 de agosto de 1912, cuando Virginia tenía treinta años, y a partir de este momento se dedicó plenamente a la literatura en su doble faceta de escritora y editora. Cinco años después, en 1917, crearon la editorial Hogarth Press, que editó la obra de Virginia ya con el apellido de casada, Woolf, así como la de escritores de prestigio como Katherine Mansfield y Sigmund Freud.

Pero fue dos años antes cuando publicó su primera novela, *Fin de viaje* (1915), una obra literariamente experimental que rompió con los cánones establecidos y donde ya trató temas que aparecerían en sus novelas posteriores: las relaciones entre hombres y mujeres, la pasión por la escritura, la soledad. Su reconocimiento como escritora llegó con la publicación de títulos como *El cuarto de Jacob* (1922) y sobre todo con *La señora Dalloway* (1925) y *Al faro* (1927), donde sigue con la exploración de los sentimientos interiores de sus personajes, a los que retrata psicológicamente.

El grupo de Bloomsbury vivía la sexualidad fuera de convenciones y con libertad, y también así lo hizo Virginia Woolf, que no ocultó su condición bisexual. Mantuvo una relación feliz con su marido Leonard, pero a lo largo de su vida tuvo otros romances. El más importante comenzó en el año 1922, cuando conoció a la escritora y jardinera Vita Sackville-West, con la que mantuvo una relación sexual durante los años 20. Woolf regaló a la escritora la obra *Orlando* (1928), una biografía fantástica que el hijo de Sackville-West llegó a considerar «la carta de amor más larga y encantadora de la historia de la literatura». Después de su romance, las dos mujeres siguieron siendo amigas.

En 1929 publicó el ensayo *Una habitación propia*, una crítica y una reivindicación de los derechos de las mujeres, donde afirmó que «una mujer debe tener dinero y una habitación propia para poder escribir novelas». Y en 1931 publicó otra de sus grandes novelas: *Las olas*. Luego aparecieron *Tres guineas* (1938) y *Entre actos* (1941), donde desarrolló la técnica del monólogo interior e insistió en su preocupación feminista por la sumisión social de la mujer. Woolf fue una pacifista convencida durante la mayor parte de su vida y, en *Tres guineas*, sustentó su manifiesto antimilitarista. En *Entre actos*, las referencias a la Segunda Guerra Mundial son inevitables, recreó preocupaciones como su amor por Inglaterra o sus planteamientos acerca de la vida individual y comunitaria.

Virginia Woolf sufrió una enfermedad mental durante toda su vida, hoy conocida como trastorno bipolar. Sufrió episodios depresivos y algunos intentos de suicidio. Finalmente, decidió acabar con su vida el 28 de marzo de 1941: salió a pasear y rellenó los bolsillos de su abrigo con piedras para entrar en el río Ouse, donde la encontraron muerta quince días más tarde. Dejó dos cartas: una para su hermana Vanessa y otra para su marido, Leonard, a quien le dice estar «segura de que, de nuevo, me vuelvo loca», que no puede concentrarse porque ha empezado a oír voces. Una carta de despedida emotiva donde acaba diciéndole «No creo que dos personas pudieran haber sido más felices de lo que nosotros hemos sido».

Aitor Vélez

PLACER

EL CIRCO DE LAS OPINIONES

Parece que el otoño se ha adelantado y ha pillado a nuestros amigos trashumantes a medio montar la carpa, más pesada aún si cabe que otras veces debido a la condensación de la niebla en su lona. Ladra un perro y el eco son los cencerros nerviosos creyendo que huyen cuando en realidad son guiados, según conveniencia del pastor Leutero, bajo los rigores de un plan centenariamente rutinario. Asómase el bueno de José Luis Borges a su violada ventana, bata gruesa, olfateando la mañana con sus ojos empapados por la niebla que presiente. «Virginia Woolf ha sido considerada "el primer novelista de Inglaterra". La jerarquía exacta no importa, ya que la literatura no es un certamen, pero lo indiscutible es que se trata de una de las inteligencias e imaginaciones más delicadas que ahora ensayan felices experimentos con la novela inglesa». A Borges, viejo amigo de todos, le gusta empezar el día diciendo algo indiscutible; sobre esos cimientos y, con la fiel compañía de su joven y tartamudo asistente, afrontar otra jornada inevitablemente abocada a la nada. El día ha nacido picoteado por el ruido de un martillo intentando inútilmente fijar los pernos del precario andamio, y en el futuro próximo, será rasgado por el tractor que derrapa mientras intenta tensar viejas cuerdas que se arrastrarán en viejas poleas para alzar la carpa. Todo es viejo, y aún así existe la certeza de que cuando escampe la niebla seguirá habiendo un nuevo día impasible y obsceno y que su presencia, por tardía que sea, hará olvidar eso que está siendo devorado por el tiempo.

Borges se da media vuelta resoplando y desaparece lentamente en la penumbra de su casita de piedra mientras la ventana recupera, un poco ruborizada, todo sea dicho, su honor de cerrojo y persiana. A estas horas el silencio pertenece al mundo de lo imposible y eso a Borges le crispa soberanamente, obligándole a escupir mientras es vestido que «la novela *Mrs. Dalloway* es un reflejo nada abrumador del *Ulises* de Joyce», opinión que es recibida con estricta ignorancia por su joven asistente. Verlo asomar por la puerta principal será uno con el escampar de la niebla y el despunte del perfil circense al final del pueblo. Mientras se dirige con paso de elefante a la vieja panadería, tiene la sensación de que niños desconocidos corretean a su alrededor descubriendo las nuevas calles por donde su aventura seguirá inflándose de inercia por unos días y, dependiendo del público, quizá semanas. No llega a verlos directamente (fuera coña que esto es literatura respetable), solo sombras dibujadas en la caverna.

«El dibujante Rothenstein la recuerda (a Virginia) "absorta y silenciosa, toda de negro, con el cuello y los puños de encaje blanco". La acostumbraron desde su infancia a no hablar si no tenía algo que decir. No la mandaron nunca a la escuela, pero una de sus disciplinas domésticas fue el estudio del griego», dice Borges delante de un mostrador vacío y lleno de polvo y moscas muertas. Parece que hoy tampoco podrá comprar ese delicioso pan que cree recordar, pero por lo menos hay silencio cuando vuelve a la calle, un silencio de tregua-trampa, se dice, pero silencio al fin y al cabo. En casa, su joven asistente ya le tiene preparado un desayuno copioso por comparación con un mobiliario indiscutiblemente suficiente y aún así escaso a todas vistas. El reloj de péndulo, solitario en la pared como un faro marcando a espasmos el peligro de una costa emboscada que huele a muerte, marca las nueve y once. «En *Orlando* también hay la preocupación del tiempo. El héroe de esa novela originalísima —sin duda la más intensa de Virginia Woolf y una de las más singulares y desesperantes de nuestra época— vive trescientos años y es, a ratos, un símbolo de Inglaterra y de su poesía en particular. La magia, la amargura y la felicidad colaboran en ese libro. Es, además, un libro musical, no solamente por las virtudes eufónicas de su prosa, sino por la estructura misma de su composición, hecha de un número limitado de temas que regresan y se combinan». Sabe bien lo que dice pues él tradujo dicha novela, como le recuerda a su asistente mientras este le quita las migajas de la comisura de sus labios antes que caigan en los abismos de los pliegues de la papada y desaparezcan para volver convertidas en ira e insultos a la hora de la siesta matutina. Comer, dormir, comer, dormir, paseo, comer, dormir.

Extrañado ante el silencio que reina en el pueblo y protegido de los excesos del verano por un cielo elegantemente nublado, dirige sus pasos vespertinos hacia la erguida carpa del circo con curiosidad de niño y desconfianza de viejo, el aire mece las hierbas del prado asalvajado que abraza el camino, ondulando una superficie borrosa de grises y verdes cenizos. «1931. *The Waves*. Las olas que dan su nombre a este libro reciben, a lo largo del tiempo y de las muchas vicisitudes del tiempo, el soliloquio interior de los personajes. Cada época de su vida corresponde a una hora distinta, desde la mañana a la noche. No hay argumento, no hay conversación, no hay acción. El libro, sin embargo, es conmovedor. Está cargado, como los demás de Virginia Woolf, de delicados hechos físicos». Y es un hecho físico indiscutible que el circo está vacío, aunque Borges tarde cerca de quince minutos en acercarse lo suficiente para convencerse de que la falta de movimiento significa, esta vez, la ausencia de gente. Mierda. El circo de las opiniones está vacío. La estructura, perfectamente dispuesta a cobijar en sus entrañas el mágico espectáculo del juicio y la injusticia deshonesta entre semejantes, solo aumenta la evidencia de espacio vacío. Silencio y vacío, una vejez realmente plácida. Media vuelta y camino para casa con las manos en la espalda y un poquito de barro en el dobladillo de los pantalones que actúa como flequillo de unas bambas que fueron demasiado blancas y que, por suerte, ya no ciegan a ningún parroquiano.

Paseo, comer, dormir.

La cena, necesariamente ligera para mantener a raya pesadillas que le recuerdan su excesivo intervencionismo en sus traducciones de Virginia, es consumida con tranquilidad de afilador. En la cama ya, bajo una manta precipitada aún en su incuestionble buena intención, el viejo Borges recuerda los largos viajes en carretas por caminos interminables bajo el sol, recuerda corretear por calles efímeras de pueblos sin asfaltar. Las primeras conversaciónes, el *show* explosivo de sus años mozos, el espectáculo de toda una vida opinando. Tarde, ya es tarde, y el circo sigue vacío y en silencio. El perro de Leutero será la última campanada que se oirá en el valle.

VIDA ENTRE LÍNEAS

«Yo seleccionaría un día como este si fuera posible elegir una muestra de cómo es nuestra vida.»
Primera página del *Diario íntimo I* (1915-1923) de Virginia Woolf

Si hay algo que provoca la escritura de Virginia Woolf es una empatía inmediata por sus personajes. Tiene que ver con la forma en la que disecciona cada uno de sus pensamientos, entre los que se adentra sin salvavidas ni esperanzas de ser comprendida. Ser clara no es su objetivo; sí lo es ser sentida, imantada, comprendida. ¿Amada? No, nunca le importó nada menos a la escritora británica que ser adorada. Lo que le preocupó es ser auténtica. Y caray si lo fue.

Lo más curioso, sin embargo, es que su capacidad de observación no solo se propagó por sus novelas y artículos periodísticos, sino también en sus diarios, en los que dejó constancia de su estilo, sus preocupaciones y su punzante ironía para con el mundo. Si en *La señora Dalloway* consiguió saltar de mente en mente exponiendo de forma descarnada todos y cada uno de los pensamientos y emociones de sus personajes, en los diarios que se han editado —comprendidos entre 1915 y 1923, y en un segundo volumen entre 1925 y 1930— aparecen los que son, genuinamente, sus propios fantasmas. Los demonios con los que convivía cada día, entre la depresión y falta de inspiración, entre las irritantes criadas y los viajes insatisfactorios. «Acabo de volver de Garsington, y estoy demasiado nerviosa para escribir. Pero esto no lo considero escribir. Para mí es como rascarse; o, si todo va bien, como tomar un baño, lo que, desde luego, no pude hacer en Garsington», escribía el día 17 de julio de 1922. Como rascarse, dice. Como quitarse una espiga del pelo. Como respirar. Así entendía Woolf la escritura: casi como una terapia diaria consigo misma.

Es precisamente por eso que sus diarios se antojan más reveladores: son los pedazos de su psique que se montan y se desmontan ante nuestros ojos. En ellos, observamos su enorme capacidad de descripción, de ver más allá del ojo humano corriente. De ver, incluso, el alma de quienes la rodean. «Lytton vino a tomar el té (...) es uno de nuestros amigos más dúctiles. No diría apasionado, ni dominante, ni original, sino aquel cuya inteligencia parece más sensible a las impresiones, menos sometida a convencionalismos o trabas», escribía sobre su amigo Lytton Strachey el 9 de diciembre de 1917, mientras al día siguiente lo fusionaba con un retrato de su «insoportable» aprendiz y su tendencia a la melancolía: «Habla de nuestras cosas exactamente tal como las ve: insignificancias sobre las criadas y la casa. Y no le cabe la menor duda de su propia capacidad: tan agradable, honesta, sensata, ¿cómo podría tener un solo defecto? Y así pasaba el tiempo: ha perdido el tren, ha esperado otro, hasta las seis y diez, y la tarde se me ha ido sin sentir, sin sentir otra cosa que lo que se siente bajo el gota a gota de un grifo». Y la escritura, como cura de todos sus males, algo casi terapéutico: «¿Por qué la vida es tan trágica, tan semejante a una acera al borde del abismo? Miro hacia abajo; siento vértigo; me pregunto si podré caminar hasta el final. Pero, ¿por qué siento esto? Ahora, mientras lo escribo, dejo de sentirlo».

Sí, Virginia Woolf era como Nicole Kidman la retrató en *Las horas* (2002) de Stephen Daldry: hosca, triste, huraña, rabiosamente creativa. Consciente de que el mundo la podía engullir y, acto seguido, escupirla como si tal cosa. En *Al faro* dejó claro que su interés vital residía en un mundo mucho más grande que el terrenal —el universo de los sentimientos y las emociones—, mientras que en *Una habitación propia* dejó claro su compromiso con la lucha feminista, que en su día a día transmitía con comentarios sarcásticos o referencias al movimiento sufragista. No era lo más importante para ella, pese a ser, a día de hoy, un icono del movimiento, porque lo que más ha caracterizado siempre su personalidad es su constante —pero fructífera— crisis creativa, su cruzada contra el mundo en general («Comienza a repugnarme el prójimo, sobre todo cuando miro las caras en el metro. Sí, miro con mayor placer un filete rojo y crudo y un buen arenque») y su tierra en particular («Cuando los británicos hablen abiertamente de retretes y sexo, entonces podrán sentir emociones universales») y, por supuesto, su apasionante tendencia al despiste («He perdido cinco minutos, con el cuaderno abierto, intentando pescar con la punta de la pluma dos moscas ahogadas en el tintero; pero empiezo a comprender que es una de esas empresas que son prácticamente imposibles, absolutamente imposibles. Ni Darwin ni Platón lo conseguirían con esta pluma»).

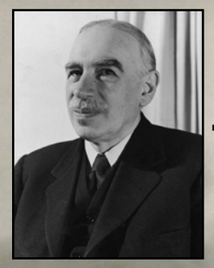
Así, Woolf derribó las fronteras entre lo que veía y lo que escribía. Nada era opaco para ella: podía observar la vida cotidiana a través de cualquier cuerpo, objeto o corsé social. Ella convertía el mundo en un lugar más transparente, donde los sentimientos flotaban en el aire fueran o no legítimos. Porque así somos, a fin de cuentas: seres atrapados en nuestras propias contradicciones y manías.

EL GRUPO DE BLOOMSBURY

Harold Nicolson
Diplomático y escritor

Vita Sackville-West
Escritora y diseñadora de jardines

Violet Trefusis
Escritora



John Maynard Keynes
Economista

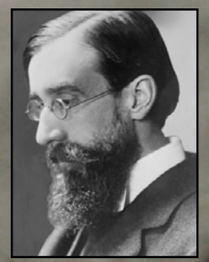
Duncan Grant
Pintor

Adrian Stephen
Psicoanalista

Clive Bell
Crítico de arte

Leonard Woolf
Teórico político, escritor y editor

Virginia Woolf
Escritora



Lytton Strachey
Escritor y biógrafo

Mark Gertler
Pintor

Bunny Garnett
Escritor y publicista

Vanessa Bell
Pintora y escritora

Ottoline Morrell
Aristócrata

Dora Carrington
Pintora y decoradora

Katherine Mansfield
Escritora

Roger Fry
Pintor y crítico de arte

MATRIMONIO
SEXO
ENAMORAMIENTO
AMOR OBSESIVO
MATRIMONIO RECHAZADO
RELACIÓN PLATÓNICA

PLACER

LA GRAN PRESDIGITADORA

Hace ya unos años que ejerzo de jurado en concursos literarios *amateurs*, y he constatado que narrar es una tarea complicada, aunque se trate simplemente de describir una situación, un paisaje, o explicar una secuencia cronológica y clara de hechos. Por otro lado, si lo que se intenta narrar es un hecho complejo, el éxito es aún más difícil; de hecho, en muchos casos, la línea que separa la confusión de la maestría es muy delgada. Cuando me refiero a un hecho complejo, lo hago pensando en su magnitud o en su vertiente psicológica. Por ejemplo, la tarea de nuestro anteriormente *placerificado* Tolstoi cuando emprendió *Guerra y paz* requería de un tesón constante, dada la cantidad de hechos históricos, personajes y costumbres de la época que pretendió reflejar, de una manera homogénea, a través de ochocientas páginas. Sin embargo, es en la descripción de la vertiente humana de los personajes donde el talento debe florecer más allá de la constancia. Por último, desde que la novela es género como tal, los intentos de torsionarla y moldearla han sido múltiples. Y para esos esfuerzos también hace falta talento.

Tal vez estoy abusando de la palabra talento, cuando en realidad sería más conveniente referirse al producto inmediato del mismo: el estilo. El citado Tolstoi, Borges, Kerouac, Kafka, Montalbán (¿les suenan?)... todos tenían su estilo. Aparte de, como he dicho, emanar directamente del talento, este puede también ser cultivado. Un estilo potente y trabajado, pongamos de nuevo el caso de Tolstoi, te permite la flexibilidad de escribir *Guerra y paz*, como he dicho un exponente de magnitud, y también relatos (largos) como *La muerte de Ivan Ilich*, un exponente de historia mínima psicológica. El estilo, por tanto, debe ser una herramienta, no una finalidad en sí misma; y al decir esto estoy pensando por una parte en esos escritores *amateurs* que empiezan sus relatos y novelas con una fuerza tal, y con tal cantidad de fuegos artificiales lingüísticos, que lo que piensas enseguida es que no van a poder mantenerse así ni tres páginas; o peor: que en el caso de poder mantener ese nivel, van a destrozar las capacidades de los pobres lectores. Por otra parte, también pienso en Javier Marías, Saramago o el *Ulises* de Joyce cuando digo que el estilo no debe matar el hecho literario, aunque sé que esto puede sonar a sacrilegio; y también pienso un poco en Cortázar, aunque eso ya se me tome (en nuestra asociación) como blasfemia.

Volvamos a lo que he empezado diciendo en este artículo, sobre narrar un hecho complejo y sobre la maleabilidad de la novela. He apuntado que la complejidad puede deberse a la magnitud, pero también al grado de aristas que presenta la psique humana y las experiencias que cualquier persona puede experimentar. Intenten narrar un orgasmo, intenten narrar esos minutos que preceden al sueño (muchos lo han intentado), intenten narrar lo que les pasa por la cabeza (digamos un *stream of consciousness*) cuando van a comprar el pan. Pero intenten que no sea poesía, la novela es maleable, pero es novela. Más, intenten narrar el ambiente que se respiraba en un pueblo de veraneo, una noche de agosto de su juventud, intenten narrar la nostalgia de una civilización que está decayendo, intenten narrar la vida. No es fácil, se lo aseguro, y lo peor de todo es que no hay receta, pero sí una herramienta, me reitero: el estilo.

Cuando Gabriel García Márquez escribió *Cien años de soledad*, la retahíla de nombres de apellido Buendía coloca al lector en dos disyuntivas: ir leyendo hacia delante y detrás e incluso dibujar un árbol genealógico (¡hay incluso ediciones que lo traen hecho!) o tomarse esta confusión como una característica más de la épica melancólica del trópico. Y esto es solo un truco del gran escritor colombiano, simplemente un perfume de su gran estilo, no nos olvidemos

→

PLACER

que este es el hombre que escribió la biografía de un dictador durante trescientas páginas en un solo párrafo. ¡Sin un solo punto y aparte! Toda una vida con saltos temporales, sin que el lector los eche de menos. Estilo.

Recuerdo también un ejemplo de estilo que me dejó anonadado al leer una novela decimonónica española: *La Regenta*. Clarín tiene un estilo prolífico en detalles, fijándose en casi todos los aspectos que rodean la vida de sus personajes, lo que los académicos llaman más o menos naturalismo. En un estilo constante, más emparentado con lo que comentaba de la constancia de Tolstoi en *Guerra y paz*. En un momento de la novela, sin embargo, Clarín da una muestra de lo que la novela le permite hacer: Fermín de Pas, figura principal de la novela, comparte una escena con su madre, una conversación sobre temas cotidianos, pero durante la cual ambos van pensando otras cosas; y como buen narrador omnisciente, el autor conoce todos esos pensamientos. En una pausa de la conversación, Clarín se sitúa en la mente de la madre y lo que esta va pensando mientras va intercambiando frases con su hijo. Y unas páginas después, la conversación acaba, pero nos encontramos en los pensamientos internos de Fermín. ¡El cambio es tan sutil que hay que volver atrás para darse cuenta! Estilo.

Explicar atmósferas es otro de los grandes desafíos del estilo. Pienso en Pavese; nadie como él combina la capacidad evocativa y la economía del lenguaje. Pienso en *La plaça del diamant*, donde Rodoreda nos hace sentir tan de cerca la guerra desde la retaguardia, sin que suene un disparo. Pienso en Modiano, en leer su *Para que no te pierdas por el barrio*, y no saber qué es sueño, qué es recuerdo, y darse cuenta al final, sin extravagancias ni saltos, que la historia principal no era la importante. Pienso en una nueva voz de la literatura española capaz de urdir una conspiración a través de una gran cantidad de personajes en el espacio limitado de una ciudad: se llama Cristina Morales, ya oirán hablar de ella y su estilo.

Pero aparte de estas pruebas de maestría, en la novela moderna, una de las formas de descubrir un gran estilo es utilizar un sencillo truco: explicar la trama de la novela en voz alta. Me pasó el otro día al hablar con un miembro del CE sobre Virginia Woolf. Al comentarle que había leído hace años *Orlando*, con placer, me preguntó: ¿De qué va? Entonces no pude más que empezar a balbucear: bueno... es la historia de una persona... (y aquí vinieron las primeras autosorpresas, pues no sabía si era hombre o mujer) que bueno... vive en Inglaterra... (aunque también se narran viajes exóticos, en los que ocurren cosas de gran importancia en la obra)... en el siglo... (recordaba pasajes del tiempo de Elisabeth I, y del siglo XVII, pero también del siglo XIX e incluso del XX). Bueno... pues es una persona que se dedica a escribir un libro... (¡y a tantas otra cosas!). Al final desistí y me quedé reflexionando. ¿Cómo podía ser que recordase *Orlando* como una novela nítida, amena, de lectura relativamente sencilla, cuando el argumento era tan confuso, si es que había argumento?

Para más asombro he leído que la misma Virginia Woolf declaró que había escrito *Orlando* como si fueran unas «vacaciones de escritora» (*writer's holiday*). Algo así como para descansar (cronológicamente se encuentra entre *Al faro* y *Las olas*, auténticas joyas del monólogo interior), para hacerle un regalo a su amante lesbiana Vita Sackville-West, un curioso personaje en el que se basa esta biografía (*A biography* era el subtítulo original de *Orlando*), y para hablar de forma desenfadada de ciertos temas como la identidad versus la sexualidad o la propia literatura de cada época histórica. Además, así consiguió un poco de éxito popular. ¿Cómo de segura debía estar Virginia Woolf de sí misma, de su estilo, para que su obra ligera, y doy fe que es ligera, fuera a la vez tan compleja? ¿De dónde nace ese talento que a lo largo de siglos de literatura ha ungido indistintamente a jóvenes y viejos, hombres y mujeres? ¿Cómo aprehender ese talento? ¿Qué hacer ante él sino simplemente rendirse, simplemente disfrutarlo?

EL FARO

El coche avanzaba lentamente por la estrecha y tortuosa carretera costera, evitando precavidamente los socavones, surcos y cicatrices que herían el asfalto, desconchado de forma inclemente por el sol, el salitre y el paso del tiempo. Además, la tímida cerca metálica que limitaba el camino que bordeaba el acantilado también había sufrido la erosión irremediable, por lo que en verdad era muy peligroso el tránsito motorizado. De hecho, ya hacía bastantes años que la carretera estaba en desuso y nadie se aventuraba a recorrerla. El faro en el cual el antiguo camino de ronda desembocaba había sido abandonado y, ciertamente, no tenía mucho sentido el cuidado y mantenimiento de un vial que ya no conducía a ninguna parte. Los barcos que antes surcaban aquella ruta marítima se habían desviado unas cuantas millas al sur, a un puerto más accesible y seguro, y un nuevo reflector más moderno y brillante había sido elevado sobre las aguas desterrando al olvido al anterior vigilante nocturno. Por otra parte, una antigua y oscura superstición rodeaba aquel lugar. Los cuentos y leyendas de los pueblos cercanos señalaban aquel emplazamiento como un portal al inframundo, desde el cual siniestras criaturas marinas acechaban a los habitantes terrestres. Los ancianos del lugar aún recordaban todas las noches de insomnio de su infancia, cuando sus abuelos los atemorizaban con espeluznantes historias de terror, en las cuales los niños eran secuestrados por seres horrendos y malignos que surgían de las aguas más profundas. El faro, a su vez, constituía la única protección de aquel lugar maldito, ya que, poderoso e inconmovible, aguaitaba cada noche, de espaldas a la tierra, los misterios del mar, y se enfrentaba a la turbadora inmensidad del océano. Ahora, el cíclope, solo aparentemente ciego como el afamado Polifemo, hijo de Neptuno, había sido desdeñado por los hombres pero, aun así, no cejaba en su empeño e impasible continuaba con su sempiterna labor de vigilancia. Finalmente, el poder de aquel fanal no terminaba en aquella guardia celosa e inacabable. Otra leyenda rezaba que, desde sus alturas, al abrigo de la luna llena, era posible alcanzar los más íntimos deseos. Así, durante unos instantes, cuando la luna se ubicaba en perfecta disposición geométrica, perpendicular al cilíndrico y metafísico tubo de hormigón, este no emitía ninguna sombra, y todo su poder era trasladado a la persona que lo coronaba, que podía decidir en aquel momento el destino del universo.

Todas estas historias y rumores insensatos habían, precisamente, espoleado a las dos muchachas que circulaban quedamente hacia el fin del mundo. Unas pocas horas antes, las dos chicas habían sustraído el coche de una de sus madres, y se habían lanzado decididamente hacia el faro, ansiando encontrar el lugar propicio donde exorcizar sus irreparables tribulaciones. Al principio aún habían charlado, aunque apocadamente, pero al aproximarse al final del trayecto habían enmudecido definitivamente, y solo el ruido del motor se distinguía levemente sobre el estruendo de las olas golpeando rítmicamente las rocas al fondo del precipicio. El cielo estaba cada vez más oscuro mientras el sol, cada vez más débil, declinaba sus últimos versos.

—No vamos a llegar —dijo Susan.

—No te preocupes, ya falta poco —la tranquilizó Claire señalando hacia adelante, donde ya se distinguía el perfil del alto fanal.

Igualmente, Susan intentó acelerar un poco la marcha. Pero solo unos metros más porque, de repente, al tomar una curva cerrada, un escollo definitivo detuvo su avance sin remedio. Una roca enorme ocupaba casi toda la calzada. Estaba colocada en el centro del piso, dejando solo dos estrechos pasillos simétricos a ambos lados; casi podía pensarse que la roca estaba dispuesta con excesiva precisión milimétrica, como si una mano gigante la hubiera depositado después de calibrar con detenimiento el lugar exacto donde abandonarla. Ahora el tiempo para alcanzar el objetivo y contemplar desde allí el maravilloso crepúsculo en el cual el omnipotente astro celeste expiraría sobre las aguas era cada vez más escaso y transcurría aún más deprisa que de costumbre.

—¡Vamos! —gritó Claire abriendo la portezuela y saltando del vehículo casi en marcha—. ¡Si corremos aún llegamos!

Susan titubeó un instante. Pero al ver cómo Claire desaparecía detrás de la roca después de superarla pegándose a la pared, apagó el motor, cogió las llaves y las metió en su bolsa, y siguió a su amiga. Corrieron, pues, esquivando los últimos obstáculos, rocas y arbustos, que habían reconquistado su lugar en la montaña; un terreno, por otra parte, yermo y desolado, casi marciano, donde solo al final del recorrido se elevaba el último pilar terrestre, orgulloso baluarte enfrentado eternamente al régimen acuático.

—¡Vamos! —repetía continuamente Claire para acuciar a su compañera, que esforzadamente intentaba seguir su paso.

—¡Claire! Yo no puedo correr tanto… —se quejaba Susan.

Ciertamente, la complexión física de las dos chicas era muy distinta. Mientras que Susan era bajita y delgada, siempre enfermiza, Claire era alta y esbelta, de piernas largas e interminables. «Claire hubiera podido ser la chica más popular del instituto, si no fuera por su afección», pensó Susan mientras corría. Su belleza era inigualable, aunque destacaban especialmente los ojos verde esmeralda y la larga y espesa cabellera, de bucles dorados y esponjosos. Todo aquel que se cruzaba en su camino caía irremediablemente hechizado, y no podía, ya, apartar la vista de aquella divinidad que más que caminar fluía levitando por encima de los mortales. Todos los alumnos del instituto habían sucumbido en algún momento a su incontestable magnetismo, y solo cuando al cabo de un tiempo habían advertido que alguna cosa no iba bien, que había alguna cosa que chirriaba, habían conseguido romper el encantamiento. Claire sufría pérdidas de memoria y se comportaba de forma extraña con los demás, sin controlar sus emociones, pero, sobre todo, tenía frecuentemente alucinaciones que los asustaban sobremanera. Por lo que, aunque era imposible resistirse a admirarla, nadie se atrevía a acercarse a aquella beldad afectada por un mal incomprensible. Únicamente Susan había permanecido a su lado después de descubrir su secreto, de vislumbrar su verdadero ser después de alguna de sus temibles crisis. Susan era la alumna más inteligente del centro y, por ello, también vivía aislada de los demás. Tampoco nadie osaba acercársele, y solo Claire se había aproximado y compartido con ella sus pulsiones más recónditas y escondidas. Sí, la muchacha sufría un grave trastorno mental que la incapacitaba para una vida normal, pero al fin había concluido que en el fondo su situación no era tan distinta y se asemejaba mucho a la suya. Además, las emociones que Susan sentía estando junto a Claire eran mucho más intensas que cualquier otra aburrida experiencia en su vida; así que, aunque en general intentaba canalizar la energía de su amiga a los cauces de la normalidad, a veces se abandonaba a su suerte y la seguía en sus ilusiones más dementes. Susan no solo era la única persona que toleraba e intentaba comprender a Claire, sino que también era su compañera de aventuras, con la que compartía sus sueños más alienados. Al fin, Susan se sabía observada y comprimida por la presión desmesurada e implacable de una sociedad que no toleraba la diferencia, que no soportaba la originalidad; por lo que la mejor opción era estar con Claire, la mejor elección era correr a su lado, a pesar de que probablemente no habría un final feliz.

Por fin, las dos muchachas llegaron al pie del faro, lo rodearon rápidamente y subieron unos peldaños hasta la pequeña terraza que, enclavada sobre las rocas escarpadas, dominaba el océano. Respirando entrecortadamente, las chicas se miraron y sonrieron al comprobar que habían llegado en el momento preciso. De pie, cogidas de la mano, observaron cómo una nube se apartaba ceremonio-

→

samente para dejar paso a la estrella impaciente, ávida de un descanso merecido después de un día desplegando su inmensa potencia. Y, absortas, se abandonaron al espectáculo incomparable en el cual una secuencia de imágenes vibrantes era obsequiada de forma lenta y mesurada, las pinceladas ejecutadas de forma sutil y meditada, para mostrar por fin el naufragio solemne y majestuoso del poderoso astro. Con infinitas e indistinguibles transiciones cromáticas, la inmaculada circunferencia balsámicamente suspendida en el horizonte fue perdiendo poco a poco su perfección, hasta desfallecer irremediablemente sobre las aguas, que, por otra parte, atentas y armoniosas, acogieron con delicadeza a la antes fulgurante y ahora extenuada estrella menguante. La extinción de sus últimos y débiles rayos subrayó, por otro lado, el ascenso de su antagonista, que disimulada y sombríamente había ocupado su lugar a sus espaldas. La débil luz de la luna era visible ahora, y sobre todo permitía advertir la alargada sombra del alto vigilante nocturno que se cernía inconmensurable sobre ellas. De hecho, el celoso centinela había observado impasible el acostumbrado protocolo astral, conocedor inmutable de que su guardia empezaba justo en aquel instante. Sobrecogidas, las dos muchachas recordaron en ese instante que, de hecho, aquel era el inicio y no el final de su viaje.
Se acercaron entonces a la puerta, que cedió mansamente a sus intenciones, la madera corroída resquebrajándose después del leve contacto. Por suerte, antes de penetrar en aquel cilindro de hormigón donde el canto de las criaturas marinas parecía reverberar elevándose hacia el cielo, una bocanada de aire gélido obstaculizó su avance el tiempo justo para reparar en el hecho que la tarima de tablones de madera que debía recibirlas había desaparecido, y que un foso de profundidad incalculable se abría a sus pies. Una de las barreras indispensables había cedido al ímpetu marino, por lo que ahora aquel tubo de serenidad absoluta conectaba sin fronteras ni transición alguna las hondonadas del océano y el mundo terrestre.
—Espera —dijo Claire—. Déjame que mire si podemos entrar.
Susan asintió silenciosamente mientras su amiga desaparecía en la oscuridad de la caverna. Nerviosa, esperó unos segundos eternos hasta que Claire asomó su cabeza por la puerta.
—He encontrado un camino —farfulló nerviosamente mientras, acelerada, volvía hacia el interior. —Ven. Sígueme.
Susan dio unos pocos pasos, lentamente, hacia adentro. Cruzó el umbral y allí se detuvo para, poco a poco, acostumbrar sus ojos a las sombras que reinaban en aquel espacio. En la penumbra, observó cómo su amiga se había encaramado ágilmente a la desgastada escalera de piedra que caracoleaba al borde de la pared, y que había perdido sus primeros escalones, los más cercanos a la puerta.
—Ven, yo te ayudo —dijo Claire alargando la mano.
Susan nunca había sido muy atrevida, y no era nada atlética, por lo que después de valorar el peligro negó asertivamente:
—Claire, yo no puedo hacerlo. Sube tú sola.
—Susan —imploró su amiga—. Tenemos que hacerlo juntas.
La intensidad de la mirada esmeralda de su amiga convenció momentáneamente a la muchacha atemorizada.
—Está bien —respondió—. Lo intentaré.
Susan cerró los ojos por un instante, concentró todas sus fuerzas en sus piernas, y casi sin mirar saltó hacia adelante y ensayó su acrobacia. Sin éxito, ya que trastabilló con una varilla de hierro que sobresalía del muro y no consiguió agarrarse a la mano de Claire. Susan cayó al vacío; aunque solo unos metros, ya que la escalera proseguía su marcha no solo hacia arriba sino también hacia el averno, donde sorprendentemente parecía haberse conservado mucho mejor.
—¡Susan! —chilló Claire.
—Claire —contestó al cabo de unos segundos la chica acurrucada en el suelo, mirando hacia arriba con los ojos llorosos.

—Ahora bajo, no te preocupes —afirmó su amiga.
—¡No! —alzó esta la mano, paralizando el tiempo.
Claire detuvo su avance y, en silencio, esperó la explicación de Susan mirándola inquisitivamente.
—Estoy bien, Claire —dijo Susan, al fin—. Pero me duele mucho el pie, creo que me lo he roto.
Claire esperó pacientemente el veredicto irrefutable.
—No podré salir de aquí. Tendrás que continuar sola.
—¡Ni hablar! —protestó Claire negándose a la evidencia—. Hemos llegado hasta aquí juntas, no nos vamos a rendir ahora.
Susan miró a Claire comprensivamente, acariciándola amorosamente desde la distancia. Pero sus ojos oscuros revelaban sin lugar a dudas su determinación, la decisión firme e inalterable de acabar allí su aventura y ceder el testigo a su amiga.
—Claire —consiguió proferir—. No podré llegar arriba. Solo tú puedes conseguirlo.
—Susan...
—Además, no hay tiempo —instó esta—. Pronto la luna alcanzará su cénit.
—Está bien —asintió Claire con sus bellos ojos humedecidos—. Voy a subir, luego vendré a por ti.
Un gemido atávico surgió entonces de la sima abisal sobre la que se alzaban, ululando con el viento húmedo que ascendía desde las profundidades. Susan chilló, pero las palabras se perdieron en el torbellino de aire sibilante.
—¡Corre! —entendió Claire.
Claire ya no miró más atrás. Concentrada, empezó a escalar compulsivamente hacia arriba, ayudándose de manos y pies para superar todos los obstáculos que encontraba: escalones desmembrados, maderas roídas, hierros desprendidos y cristales rotos. Sentía que algo la perseguía, el aliento fétido de un ser maligno estremecía el vello de su nuca.
—¡Mierda! —gritó cuando notó que una garra agarraba su pie—. ¡Susan!
Claire pataleó con fuerza y consiguió desasirse de los oscuros tentáculos que intentaban atajar su ascenso. Y, aunque exhausta, casi sin aire, corrió aún más deprisa hacia la cima. Estaba muy cerca, ya alcanzaba a ver la apertura que permitía el acceso al ojo muerto del gigante. La luz del pequeño satélite terrestre era cada vez más intensa y se filtraba por las rendijas del suelo de la última plataforma. Estaba a salvo. Se arrastró unos metros más y, por fin, jadeando, cansada y magullada, se dejó caer unos momentos en el suelo del último piso, bañada por la radiación fosforescente y poderosa de la luna. Enseguida asomó la cabeza por el agujero del suelo y gritó:
—¡Susan!
No oyó ninguna respuesta. Abajo estaba muy oscuro. Solamente se escuchaba el rumor del oleaje sobre las rocas. Era posible, incluso, distinguir el golpe singular de cada ola contra los cimientos del faro, sin duda cada una consciente de que por fin una de ellas conseguiría derribar al venerado y regio vigilante marino.
—Ahora iré a por ti —pensó en voz alta—. Pero primero, es preciso que termine lo que empezamos.
Se levantó y, erguida, caminó hacia la salida, rodeando el foco de luz cegado para siempre, para salir al exterior. Allí, se agarró a la valla de hierro que circundaba la pequeña cornisa de vigilancia, y que la protegía de una caída atroz. Igualmente, ya no tenía miedo, por lo que, relajada, elevó su mirada hacia arriba y, pacientemente, se esperó hasta observar cómo la luna alcanzaba su máxima altura, perpendicular al faro. El tiempo pareció detenerse. La luna se cernía sobre ella, y no era posible hayar su sombra. El inexpugnable guardián marino perdía pues, durante unos minutos, su invulnerable autoridad. Todo el poder de aquel portal mágico estaba ahora en sus manos. Claire cerró los ojos y concentró toda la energía en su mente.
—Susan —pronunció en voz baja.

→

PLACER

Y enseguida percibió la cálida presencia de su amiga a su lado, que extendió su mano para unirse a ella. Un leve apretón indicó que había llegado el momento, por lo que, sin perder más tiempo, las dos muchachas, de nuevo juntas, se encaramaron a la barandilla. Respiraron profundamente y, al unísono, saltaron sin vacilar al vacío, zambulléndose en el mar estrellado. Las dos chicas abrieron los ojos simultáneamente, observándose divertidas. Estaban desnudas, y una larga y refulgente cola de sirena había sustituido sus piernas ya inservibles. Cabriolaron y saltaron sincrónicamente entre las rocas, probando sus nuevas habilidades, hasta que unos delfines se acercaron respetuosamente, indicándoles el camino a seguir. Debían dirigirse hacia las estrellas del horizonte. Antes de emprender la marcha, sin embargo, las dos muchachas cruzaron sus miradas fugazmente. Solo fue necesario un instante para consensuar su decisión última. Abandonaban para siempre el espacio tangible, el tiempo limitado. Juntas vagarían para siempre de un lado al otro, ya nunca más sometidas al arbitrio de la inexorable y despiadada naturaleza humana. Allí en el faro, que pronto recuperaría su dominio sobre las aguas, alguien encontraría, en algún momento, sus cuerpos inermes. Ya no importaba. No los necesitarían nunca más.

FLOTOGRAFÍAS

A veces me pregunto para qué está ahorrando energía mi gato. Se comprime hasta quedar reducido a un amasijo informe de átomos peludos y entra en modo de reposo. Aminora sus constantes vitales al mínimo. Y espera. En algún momento, pienso yo, dará un brinco o hará algo increíble, como convertirse en un monstruo de proporciones absurdas alimentado por toda la energía que ha acumulado durante esos letargos camuflados de siestas. La energía que todos los gatos del mundo han acumulado durante eras y que heredan y se transmiten de generación en generación.

Pero nada pasa.

Es domingo y en la City no hay nadie. Como cada domingo, Londres aplica su latido inverso y al contrario que en cualquier otra ciudad del mundo (cualquier otra ciudad que yo conozca, al menos), el centro de la ciudad se vacía. La función termina hasta el lunes. ¿Por qué iba a quedarse nadie aquí? No hay dinero fluyendo, por lo que no hay posibilidad de éxito. Ni de fracaso, ya puestos. Es poco probable que ocurra una tragedia. ¿Qué podría ocurrir en una ciudad abandonada? No hay nadie para prenderle fuego a nada. Nada que reivindicar. Sin embargo, la idea de un fanático con un cinturón de explosivos en una ciudad desierta se me antoja un ejercicio poético entrañable. El corazón financiero de la capital del mundo es un paisaje lunar. La presencia humana es una anomalía. Uno puede detenerse a contemplar sin prisas las grietas en el pavimento como quien calcula la edad del tiempo en los anillos del tronco de una secuoya. O reseguir con el dedo el contorno irregular de una pared desconchada: a este lado los sajones; aquí, la peste. Entre medio, mil años de horror. O de aburrimiento. En ningún lugar del mundo se piensa mejor que en la City un domingo. No solo por la calma antinatura que se respira y que lo hace sentir a uno como un explorador intergaláctico visitando los vestigios de una civilización alienígena, sino porque gracias a la cantidad ridícula de Starbucks por metro cuadrado, en cualquier momento uno puede hacer un alto y nutrir a su cerebro de una generosa dosis de azúcar. ¿Para quién abren? Es un misterio. Por un momento quiero preguntarle al chico que me atiende, pero me aterra su respuesta. Sus ojos envasados al vacío consiguen emerger bajo estratos de mestizaje sedimentado mientras trata de explicarme la cantidad de formatos en los que son capaces de servir un pésimo café. Obviamente es un ser mucho más evolucionado que yo, por lo que no entiendo una palabra de lo que me dice. Termino por pedir un té por salir del paso cuando el hastío del muchacho se hace evidente. Enrique VIII no tiene ni idea (y yo recién acabo de descubrirlo) pero, a este lado del tiempo, la última tendencia en refrigerios lácteos es una revisión hiperazucarada del té chai. Los americanos debieron pensar que añadirle leche al té era poco espectacular, así que violaron una vez más los límites de lo posible para conseguir vaciar la cantidad de espuma que contiene un extintor en una taza de té extragrande. El resultado, como no podía ser de otra manera, es una infusión espectacular de la que, a todas luces, no soy digno. Pero todo hombre quiere más de lo que realmente merece. Por eso seguramente (y porque imagino que la infusión viene aderezada con drogas de las que ni la OMS tiene noticia), en un minuto me vuelvo un fervoroso bebedor de Chai Latte. Al otro lado de la ventana, una ciudad de un gris sin dominantes. Solo de vez en cuando, debido a una nube de polución, el tono de la luz vira a un anaranjado tóxico de una dolorosa pureza. El contraste con el frío acerado de sus superestructuras y las fachadas de cristal hacen de todo esto un espectáculo digno de contemplar.

Es pronto. Mi gato debe dormir aún, mientras yo me paseo por este sueño ajeno. Un sueño faraónico, una producción descabellada, para la que el presupuesto se agotó apenas se hubo planteado el decorado. Ni guión, ni dirección de arte, ni actores. Solo un set anacrónico en el que conviven en un equilibrio imposible las piezas arquitectónicas más abominables y bellas de cada época. La falta de un plan de preproducción es evidente. Los romanos, incapaces de prever el advenimiento del carbón o del acero, ubicaron sus templos sin atender al conjunto temporal en el que su arrojo conquistador desembocaría dos mil años después. Igual que los sajones o los vikingos o los mismos ingleses. Un paisaje inmerso en un movimiento infinito de resurrección y declive tan hermoso como improbable.

TAYLOR WOODROW

CELTIC
HOTEL

W·A·T·C·H·T·H·I·S·S·P·A·C·E

wild beauty

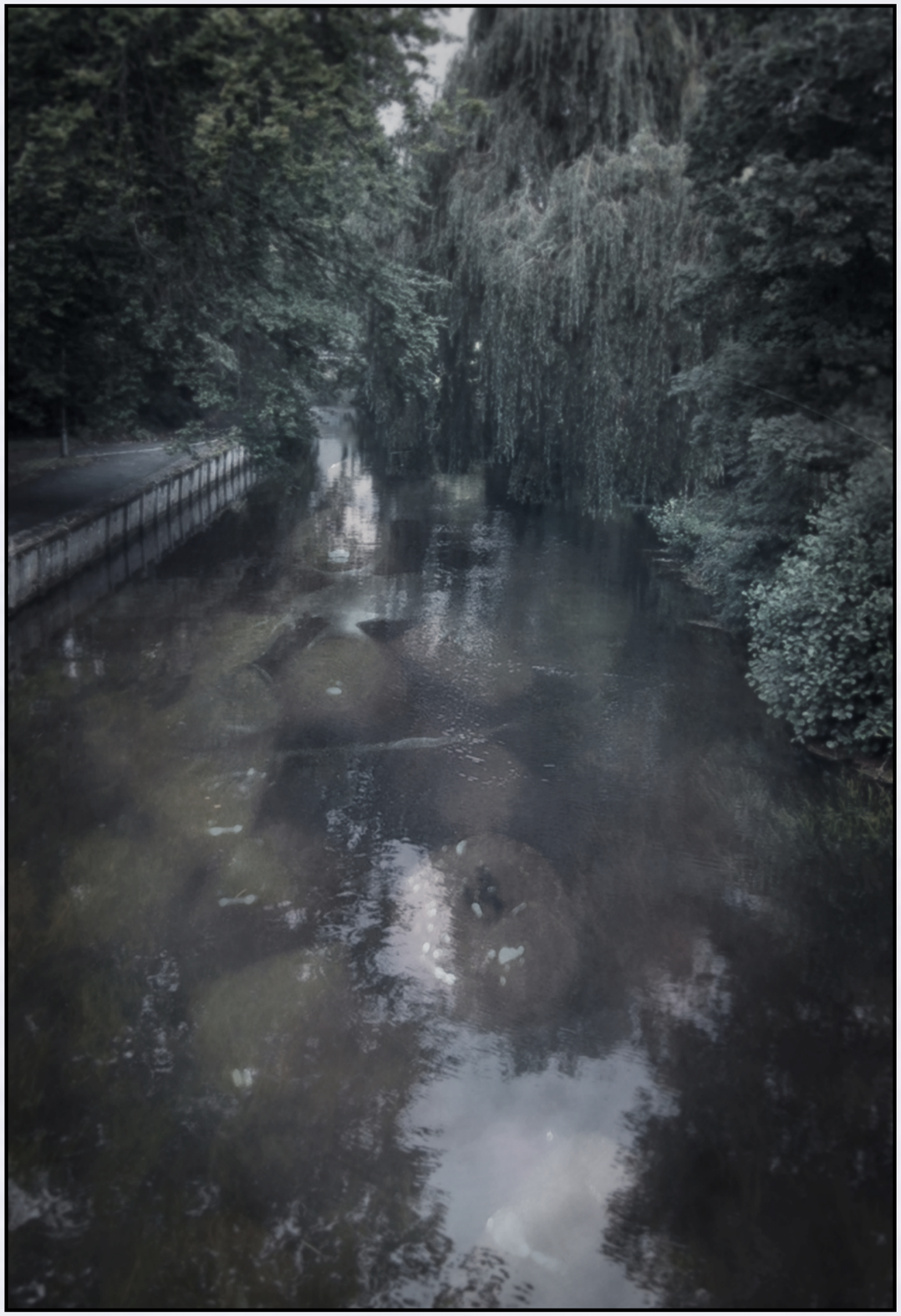
令人難以自拔的，
除了牙齒還有
論婆媳關係
英華工作介紹
TCM TRADER
英中联 · 移民法律
YZL Education Consultancy
五万镑当甩手掌柜，安心坐等永居！
PSW五万镑转Tier1企业家！
華商報
奇亞法律事務所
律達事務所
£218
入單先鋒
visalogic
諾奇法律事務所

CityPoint
LOADING BAY
AND DELIVERIES
WARNING
BEWARE OF SPEED RAMP

UN PONCHE BAJO EL AGUA

Aunque nadie haya podido testificarlo, dicen que, cuando estás al filo de la muerte, una sucesión de secuencias del periplo de tu vida se pasea por tu mente. Virginia, con los bolsillos de su vestido victoriano llenos de piedras, deja a un lado la caña de pescar y lo primero que siente es el oscuro frío de las aguas del río calando sus huesos, el sonido de esas voces que le hablan inoportunas en el interior de su cabeza, «esta fastidiosa costumbre nuestra de hacer preguntas afuera y adentro y de inventar minucias como hacen los escritores cuando no saben qué decir». Uno a uno, el desfile de todos sus perros y gatos, su marido vestido de *tweed* plantando lirios, su habitación pequeña y luminosa, sobria, casi una celda que tuvo que abandonar porque el más mínimo ruido molestaba su concentración, su caseta en el jardín repleta de trastos donde pasaba horas y horas con una tabla de contrachapado sobre las piernas, llenando cuadernos que ella misma fabricaba. Libros, papeles, horquillas, cajas de cerillas, puros, lápices, gomas... «La ambición y el amor, los poetas y las mujeres eran igualmente vanos. La Literatura era una farsa». Cada vez las imágenes le resultan más borrosas. Siente entre las piernas el desagradable contacto de un escurridizo pez. Su padre, al que adoraba, un anciano huraño y cascarrabias que había sido pensador, ensayista y amigo de escritores; desde pequeña disfrutó de su extensa biblioteca. Su pequeña editorial, la prensa del salón, el cacharro de encuadernar en la despensa, donde publicaron algunos célebres escritores del momento. «Las ilusiones se hacen pedazos en cuanto las toca la realidad». Le encantaba el tacto oleoso de la tinta, su olor... Quiso sentirlo de nuevo y una desagradable bocanada de agua entró por su nariz. Sus ojos abiertos como platos, todo es oscuridad líquida. Se pregunta cuánto puede aguantar una mujer como ella sin respirar. Su encantadora hermana Vanesa, que vivía cerca de casa y se dedicaba a pintar y que, como ella, sentía un miedo feroz e irracional, casi agonizante, a la locura. «La sociedad es uno de esos ponches que las expertas amas de casa sirven hirviendo en Navidad, y cuyo sabor depende de la adecuada mezcla y agitación de una docena de ingredientes». Los Bloomsbury, el hijo que nunca tuvo, los nazis bombardeando Londres, y su pasión por la Literatura.

PLACER



CRÍTICA A LA OBRA DE VIRGINIA WOOLF

(PARODIA POSESTRUCTURALISTA EN SEGUNDA PERSONA)

Tu saber es la disolución en múltiples sustantivos y adjetivos pertenecientes a diversos bloques de espacio tiempo fragmentados en pequeños lugares, como algunas esquinas y reflejos de tu casa, donde nunca se permiten eslóganes ni rituales para que arraiguen con saña el muérdago y la belladona.

Donde no estás o por donde alguna vez, acaso, anduviste, es el lugar donde te encuentro y, siempre, apareces al pasar la última página del volumen de Nicolás de Cusa impreso en sangre humana.

Disolución es la enseñanza del aroma del claustro en tu talle y regazo, así como entender, a partir del silencio, la multiplicación del sentido en la paradoja de las manos entregadas a la danza o el círculo que significa en el mismo instante que adquiere una dimensión propia, gracias al encuentro de una inferencia: en este caso, la mónada es creer que el otro tiene mente. Esa fe era el motivo por el que algunas tardes creí que me buscabas.

Te he engañado abismándome más de lo que imaginas, dividiendo la lógica del sentido y su reflejo celeste. Mi ámbito es el cajón de la escuela privada y los cuentos de hadas; el mismo que te hizo transitar simultáneamente innumerables senderos sin un origen único. No niego que intenté, alguna vez, unificarte, y tú rompiste el hechizo con la aventura que te proponía ser madre de conceptos, como quien incrusta gemas, recién talladas, en la fóvea.

Mi fuerza es demasiado intensa para poderla subsumir en la mirada de un tercer hombre clonado hasta el infinito, aquel que en contra de nuestro parecer nos consideraba una pareja moral cuando carecíamos de sustancia, bajo el crepúsculo de las estatuas de percepción sesgada. Han quedado atrás las paradojas que esgrimías hace algunos decenios, por las tardes, en el Café Infernal, consumiendo neurolépticos y éter; hoy solo queda Buenos Aires en invierno, el ámbito que por miedo desconoces, los días felices que acuñaron la moneda que reposa, transubstanciada, en tus párpados de Ofelia y en el lupanar sin tiempo de tu salón (la música y el arte destrozados por inquilinos adustos).

Al no parir conceptos falleces por la historiografía, se deseca tu pluma y aumenta, proporcionalmente, la distancia con la vida, su ámbito específico, y el centro. Aún así, volvería al Pipa Club y a dibujar con carbón en tu vientre a través de noches sin alba que desvelaron los antiguos banquetes, donde, antaño, corría el vino, y la juventud era una copa de oro que, al ser destruida, permitió forjar con artes oscuras tu anillo.

Para mí eres tan solo el dragón maldito que abrió las puertas de la biblioteca para que Foucault me ordenara Caballero del Brote Psicótico.

PLACER

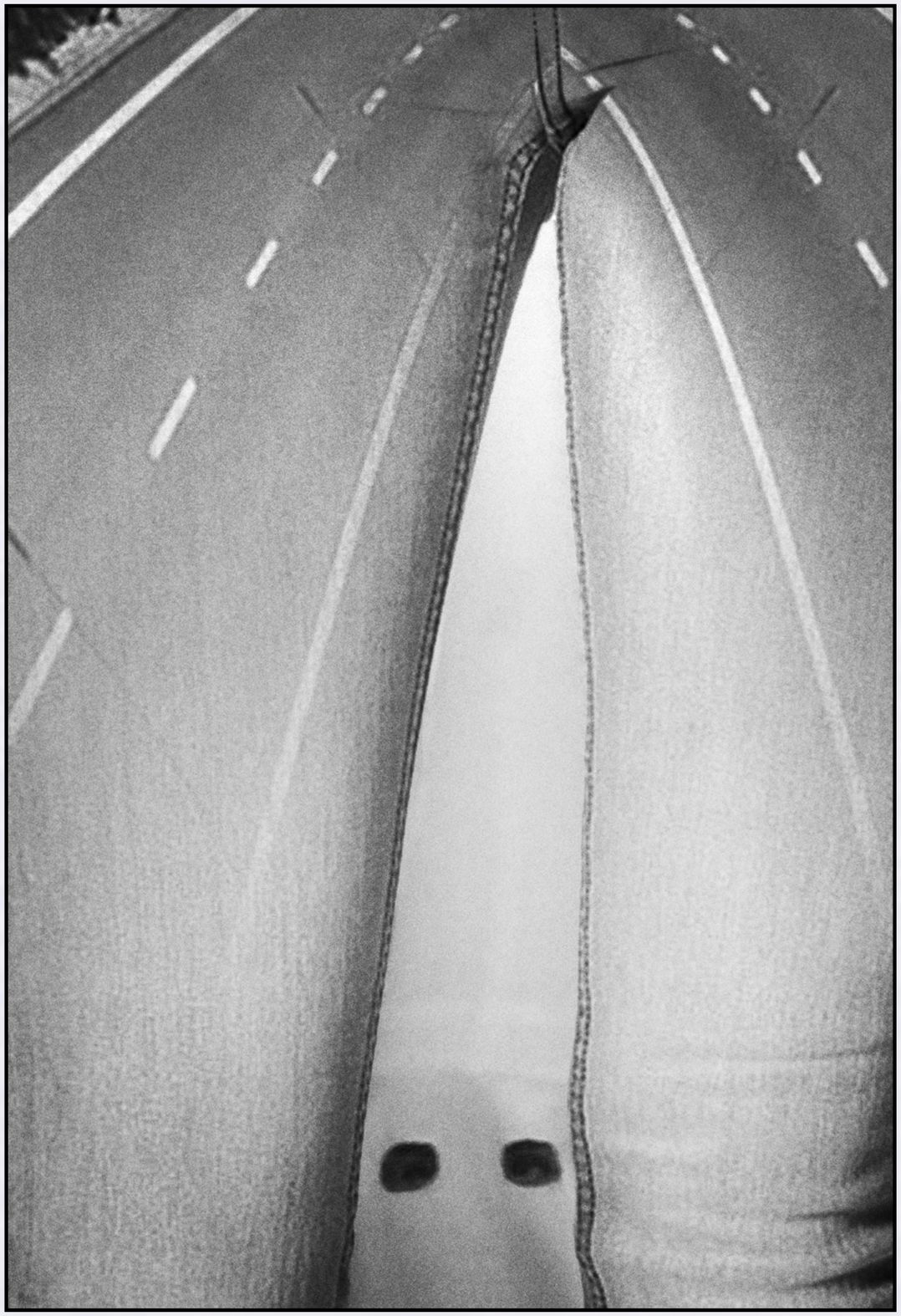
COMPAÑERAS OCASIONALES

—¡Me pica el coño, tía!
—¡Joder, guapa! ¿Y eso?
—No, nada, me pica y ya está, me rasco y punto.
—Vale, vale, no digo nada, si te pica te rascas.
—Pues eso, que tengo ganas de llegar, empiezo a tener el culo cuadrado, tengo hambre y sueño, y eso que aquí vamos bien, cuando bajemos del coche será terrible, esto ya marca 39 grados y son las doce, dentro de un par de horas empezará a derretirse el asfalto.
—Bueno, es verano, es lo que hay, a mí me gusta el verano, que haga calor, el calor es alegría.
—Alegría de no hacer nada, porque de otra cosa... ya me dirás.
—Playita, mojitos, salir medio desnuda por la noche, seducción, pensaba que todo eso te gustaba.
—Sí, eso me gusta, pero yo ligo igual en invierno, no necesito de estos calores salvajes para echar un polvo.
—Pero el verano se relaciona mentalmente con vacaciones, y eso gusta a todo el mundo.
—Te recuerdo que nosotras venimos aquí a trabajar.
—Por desgracia.
—Por necesidad, tía.
—Bueno, eso.
—¿Vamos a tener dos habitaciones? O nos colocarán en una con dos camas, igual nos ponen en una de matrimonio...
—¡Ni idea! Cuando lleguemos, nos dirán.
—¿Y si un día ligo? Tendremos que compartirlo, jajaja.
—Ni lo sueñes guapa, yo no me presto a tus jueguitos, si ligas, te ligas a alguien con piso o con coche, o con lo que sea, eso en el caso de que tengamos que compartir habitación, que podría ser, en ese caso pondremos unas normas de comportamiento y convivencia, ya me conoces.
—Espero que eso no pase, quiero mi cuarto, yo duermo a oscuras, veo la tele, el silencio me molesta, sobre todo si estoy con alguien.
—Ya se nota ya, jajaja, he de reconocer que eres buena copiloto. Para mí, una de las mejores cosas de estos desplazamientos laborales temporales es el tiempo que tengo para leer en silencio.
—¡Joder! Yo a estos desplazamientos, como tú dices, no les encuentro nada bueno, trabajar y trabajar, un mes seguido, sin descansos, no da tiempo de nada. Cada vez estoy más harta.
—Te recuerdo que la última vez, en un mes fallaste tres días por resaca, espero que no vuelva a pasar. Aquí nos van a pagar bastante bien, y creo que me gustará volver. Un mes pasa volando, trata de controlarte y trabaja como siempre, después tendrás tiempo y dinero para tus juergas.
—Ya sé, ya sé, aún no hemos llegado y ya me estás sermoneando.
—Te conozco, solo eso. Y sé lo que vales, por eso no quiero fallar ningún día. Podrías intentar leer algo, como entretenimiento digo.

—Mira no jodas, está bien que quieras que me comprometa a hacer cada día lo que toca, pero no me digas cómo tengo que pasar el tiempo libre.
—Algún día, con mi marido, me compraré una casa y tendrá una hermosa biblioteca, silenciosa, con dos grandes ventanas una hacia el este y otra hacia el oeste, así tendrá luz natural mañana y tarde, por la noche descansaré, pero por el día pasaré las horas que me plazca entre libros. Allí seré feliz.
—Me estás diciendo entonces que ahora no lo eres.
—Lo soy a ratos, pero me cuesta mucho encontrar silencio y calma para lo que me gusta, y reconozco que me incomoda bastante no saber dónde colocar los libros en casa.
—Joder Andrea, ¡pues quémalos!, regálalos, yo qué sé. ¡Tía! Cuarenta grados ya, esto es tremendo. ¡Y me vuelve a picar el coño!
—Dónde te habrás metido tú.
—Me parece que el tío que me follé anteanoche debía ser un putero, igual me ha pegado algo.
—Mientras sea solo algo que se arregla rascando, ya estará bien bonita. ¿Has oído hablar alguna vez de Virginia Woolf?
—No. ¿Tiene algo que ver con jabón para ladillas?
—No idiota, era una escritora inglesa, escribía como un ángel, una vez dijo: «Una mujer debe tener dinero y una habitación propia si va a escribir ficción». Yo escribir nunca sabré hacerlo, pero esa habitación para leer, algún día la tendré. Acabó suicidándose, dejando una maravillosa carta de despedida a su esposo.
—¿De amor?
—Claro.
—Vaya petarda.
—¡Amalia! No sabes nada de ella.
—¿Le ponía los cuernos el marido? ¿O qué?
—No, no lo sé. Cuando empezó la Segunda Guerra Mundial perdió su casa de Londres, tenía un trastorno bipolar, dice en su carta póstuma que ya no podía leer ni escribir, no era la primera vez que le pasaba esto, no pudo más y se suicidó.
—Una petarda, lo que yo te diga. Imagínate que hubieran hecho lo mismo todos los rusos que perdían su casa en la guerra.
—Sin comentarios.
—Mejor, además tampoco la voy a leer, y menos con lo que sé de ella ahora. Voy a hacerle una foto al termómetro y la envío a un grupo de colegas, van a flipar.
—¡Eh no! Eso no, yo respeto que tú no leas ni la lista del súper, pero no se hacen fotos dentro de mi coche.
—¡Joder Andrea! Mira que eres...
—Ni Andrea, ni rara, ni nada, tengo dos amigas que haciendo un viaje se pusieron a hacer fotos desde dentro del auto. Pues bien, en una de esas fotografías, precisamente por el efecto espejo que hace la pantalla de la radio, el termómetro, etc., se veía en la foto la silueta de una persona que iba en el asiento trasero, cuando ellas viajaban solas, entiendes, solas, y también habían alquilado el coche, así que no se te ocurra lanzar un solo disparo aquí dentro. Cuando lleguemos a Sevilla seguro que hay mil termómetros que podrás utilizar de testigos para impresionar a tus amiguitos.
—Andrea tía, aquí detrás no hay nadie, creo que con esto te estás pasando.
—Oye, la que conduce soy yo. Mira, cuando lleguemos te enseñaré la foto, la tengo todavía en la memoria del móvil. Ahora guárdalo, a no ser que quieras llamar a tu madre para decirle que estamos ya cerca.

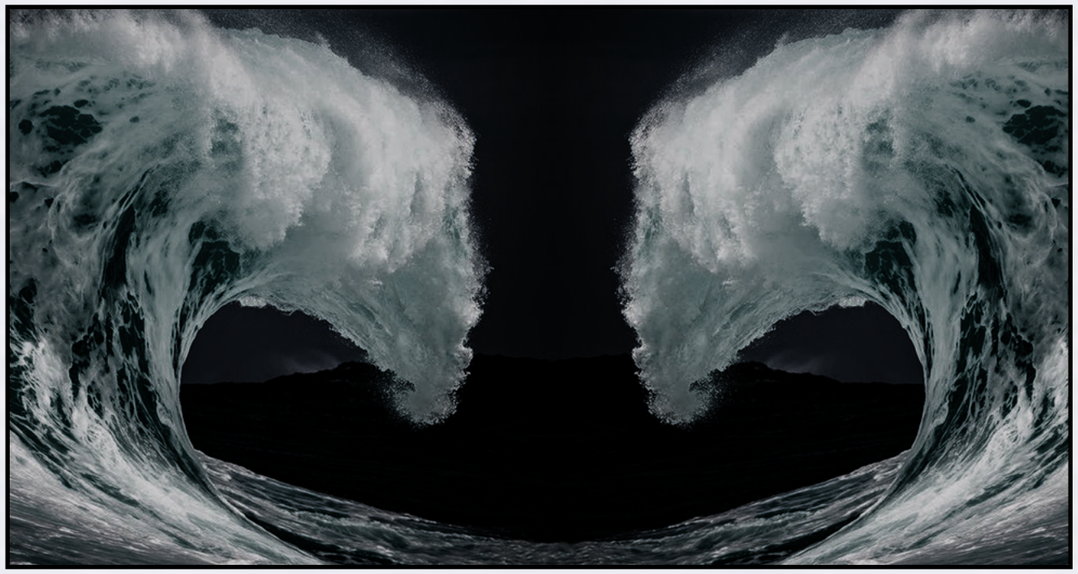
→

—Vale, vale, lo guardo. ¿Cuánto nos puede faltar?
—Creo que bastante poco, menos de media hora.
—¿Puedo cambiar de emisora?
—Sí, anda, pon lo que quieras. ¿Se te pasó el picor?
—Más o menos.
—Pues no creo que sea nada importante. A ti, realmente Amalia, ¿qué te hace feliz? ¿Qué deseas de la vida?
—¡Joder, qué preguntas! Ni que fueras mi madre, yo ya soy feliz de vez en cuando, como todo el mundo supongo, o ¿tú estás siempre anhelando esa habitación solitaria con luz a los cuatro vientos? Algún rato te sentirás bien contigo tal cual eres, ¿no?
—¡Claro! Casi todo el tiempo, pero eso no significa que no quiera conseguir algunas cosas, que me harían ilusión, tener metas es importante.
—Ahora mismo, llegar de una puta vez es importante, ducharme, comer, y una siesta de tres horas por lo menos. Dime una cosa, ¿te tirarías un tipo fuera de casa? ¿O ya lo haces?
—¡No, jamás! Pero cómo se te ocurre...
—No me lo puedo creer.
—¿Qué no te puedes creer? Tía, he sido fiel siempre, ni me planteo otra cosa. ¡Qué pereza!
—Yo nunca podré ser fiel, bueno solo a mí misma. ¿Sabes? A mí lo que me gustaría de verdad, lo que quiero conseguir un día, es follarme un asesino.
—Estás como una puta cabra, ¿cómo que un asesino?
—Sí tía, un asesino, un tío que haya matado a alguien con sus manos, alguien que me esté follando y sepa que en cualquier momento me va a matar o simplemente me va a follar, eso me pone a cien.
—Eres una puta loca.
—¡Vale! Soy una puta loca, pero eso me pone muchísimo, algún día conseguiré un polvo con un tío así.
—Pues ahora que llegamos a Sevilla podrías intentar aproximarte al asesino de la cofradía, el tipo que después de hacérselo con el compañero costalero lo mató de una estocada con un candelabro del paso de Semana Santa. ¿No has oído la historia?
—Pues no, ¡pero ese será gay! No me interesan los gais.
—Estaba casado, incluso con familia creo, es una historia muy rara. Se publicó en la revisa PLACER, la del trimestre anterior, ¿ni siquiera lees PLACER?
—No, no leo nada.
—No sé por qué pregunto, en fin, que ya llegamos, en diez minutos estamos en la pensión, yo también empiezo a estar harta de viaje.
—¡Ya es hora!, ¡joder, cuarenta y un grados!, y me sigue picando.



LAS OLAS, DOS PARTES

Tiene uno ya una edad en la cual es posible atribuir sus olvidos a cierta pérdida de memoria, a los primeros signos de deterioro del intelecto, a la desaparición de ciertas conexiones en el bosque sináptico, que poco a poco ve cómo sus ramas son menos abundantes, menos tupidas. No hay que exagerar, tampoco, no vamos a diagnosticar tan pronto una enfermedad neurodegenerativa. Aunque sí existe un término bastante preciso para definir esos olvidos, esas situaciones que quizás no son del todo una patología, pero que quizás sí lo son: «*mild cognitive impairment*», en inglés, que traducido sería algo así como «leve deterioro cognitivo». Pero no es el caso. Es decir, no puedo afirmar con total certeza que no esté comenzando ya este proceso, pero creo que no aún en el momento en que ocurrió lo que voy a contar, cuando era un poco más joven y no el hombre decrépito que soy ahora. El hecho es que era el cumpleaños de una buena amiga. Unos pocos datos, solo para demostrar que no inventamos nada: médica, residente en el Reino Unido, en Londres para ser exactos, activista humanitaria de generosidad extraordinaria. Y escritora, en sus ratos libres. De algunos cuentos, pero sobre todo de reflexiones, de introspecciones, de exámenes de conciencia en los que intenta mostrar que es posible otra forma de enfrentar, más asertiva, el mundo en el que vivimos. Por cierto, hemos conseguido exitosamente que esta persona, ya no tan anónima, participara en este número y, como se verá ahora, no solo por su afición literaria ni por la proximidad geográfica con la autora de esta, la séptima edición de la revista. En fin, que era su cumpleaños, y le regalé un libro. Después de esta breve introducción, ciertamente interesada, parece sencillo atar unos cuantos cabos y resolver sin más dilación que el libro en cuestión fue *Las olas*, de Virginia Woolf. Distintas voces interiores deliberando consigo mismas, un sinfín de soliloquios dislocados de preciosista inspiración poética que permiten seguir a lo largo de los años la evolución de los personajes. Sus pensamientos más íntimos, sus miedos, sus aciertos, sus errores… Cada uno muy distinto y a la vez muy parecido a los otros. Maravilloso, ¿verdad? A mí, personalmente, me gusta más *Al faro*, como puede intuirse muy soslayadamente si se ha leído ya el pequeño cuento de nombre harto original unas páginas más atrás. Pero para el caso que nos ocupa, especulé convencido de que *Las olas* era una elección segura. Pero no. No le gustó. Hablamos de ello, claro. Pero no llegamos a una conclusión clara, a una explicación completa. Seguramente *Las olas* es su novela más extrema en cuanto a técnica narrativa, pero también lo es en cuanto a su sensibilidad. Por lo que aún no acierto a comprender por qué no le gustó, ni esta primera vez… ni la segunda. Porque sí, hasta aquí la anécdota no deja de ser curiosa pero tampoco es tan asombrosa. Una chica que vive en Londres, y que escribe, cuando puede, sus pensamientos y emociones, recibe como regalo de cumpleaños un libro de Virginia Woolf, y no le gusta. Y ya está, tampoco es tan sorprendente, ¿verdad? La gracia, en realidad, de esta historia es que dos años más tarde se lo regalé de nuevo. Y tampoco le gustó, claro, a pesar de que prometió que lo intentó leer de nuevo. Pero ahora la discusión ya es otra que elucubrar las razones por las que a la muchacha (no tan muchacha ahora, pero aquí respetaremos caballerosamente su intimidad y no revelaremos su edad (este comentario tan políticamente incorrecto en este número profeminista corre a cargo del Consejo Editorial, que en nuestros sueños más húmedos fantaseamos ser perseguidos y torturados por una torva de ninfas semidesnudas portando picas y antorchas)) no le emociona como a mí Virginia Woolf. ¿Qué mecanismos mentales fallaron en esta ocasión? ¿Qué resorte en mi cerebro reblandecido no se activó en el momento adecuado y me llevó a olvidar todo el episodio del regalo fallido, para acabar seleccionando otra vez el mismo libro? Ya, dirá alguna de ustedes, quizás si este tipo pervertido (y sí, pueden extender el comentario a mi amado coeditor, que las alucinaciones compartidas son más divertidas) no pensara tanto en chicas sin ropa… Y puede que tengan parte de razón (aquí no vamos a incluir más paréntesis; en verdad aún queremos vivir unos años más). Pero yo lo percibo como algo más grave. Como comentaba al principio, quizás en aquel momento temprano podía hablarse, simplemente, de una crisis de memoria pasajera. Pero ahora ya no hay dudas, el episodio del segundo libro fue uno de los primeros signos de mi declive intelectual (venga va, no me puedo contener: un declive nada pronunciado, ya que la altura era muy limitada), del viaje sin retorno que en algún momento de nuestra vida todos iniciamos inexorablemente hacia el vacío. Ahora, ya seguro del progreso de esta «leve enfermedad», me agarro con fuerza a esta última presa que constituye esta revista, una suerte de instrumento de autoayuda que nuestra asociación ha dispuesto para frenar levemente la caída, para auxiliar a sus miembros más necesitados: científicos, poetas malditos, drogadictos, fotógrafos, banqueros, músicos, exalcohólicos, pintores, políticos, escritores malogrados, dentistas, matemáticos, profesores, futbolistas… (cada cual que se sitúe donde guste). Ya lo saben, si empiezan a olvidar cosas, están invitados a leer, o a escribir, PLACER.



Nota del Consejo Editorial. La otra parte.
Sintiéndome inmiscuido en las numerosas referencias en primera persona plural, y siendo citado expresamente en dos paréntesis, me veo obligado a hacer unas pequeñas aclaraciones: sobre la cuestión de la edad y las torturas y las ninfas no diré nada y respecto al segundo paréntesis donde se me cita, que hace referencia a las alucinaciones compartidas, me abstendré de hacer comentario alguno. Y una vez aclarado el entuerto, ya con nuestros dos ojos bien abiertos y como cierre de la nota, solo añadiré que también soy víctima de los insensatos que regalan el mismo libro dos veces: en mi caso, con un poco de suerte, recibiré el tercer tomo de *Putas asesinas* de Bolaño este año.

Segunda nota del Consejo Editorial. Ahora, de la primera parte contratante.
Sí, reclutamos a la protagonista de esta historia para un artículo, y se ha descolgado (ver siguiente página) con un análisis médico de… *¡Las olas*! Y le pregunté, claro, si ahora sí le había gustado. La respuesta: «Me ha gustado. Me gusta lo que dice y cómo lo dice, aunque es un tipo de lectura que me es muy difícil e incómoda…». Está claro, ¿no? Este año toca el tercer *Las olas*.

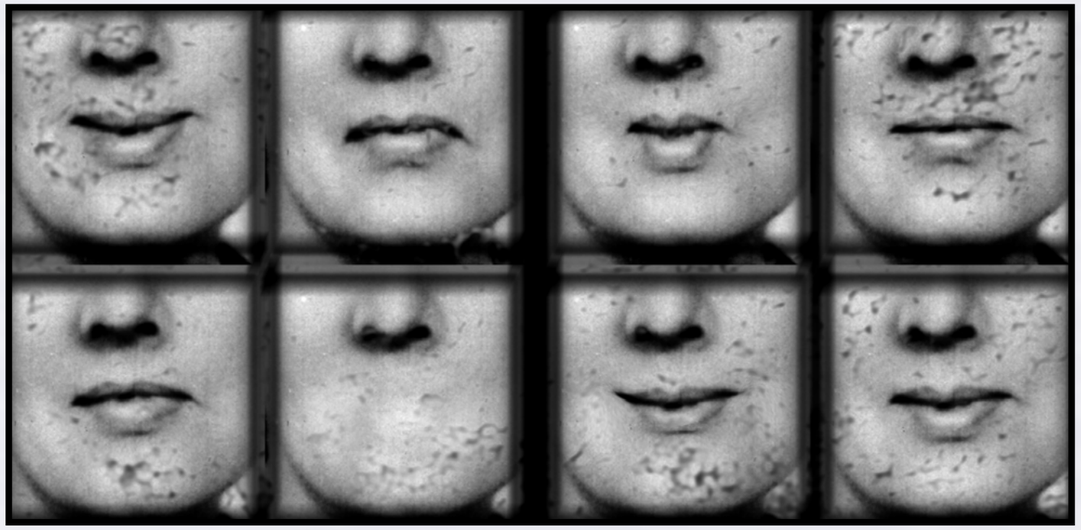
LAS OLAS, TÚ, VIRGINIA, DEPRESIÓN, MELANCOLÍA... ¿QUÉ MÁS DA?

Me pides que describa un diagnóstico clínico, que defina unos criterios que te hagan merecedor del premio y que del cogote te cuelgue la medalla que explique tu insatisfacción. Como anticipó Virginia en voz de Bernard: «Entre vosotros que estáis hablando de mí, pocos son los que tienen la doble capacidad de sentir y razonar». Yo me sumo a Bernard y te digo que, si eres uno de los afortunados, capaces de sentir y razonar, ¡te jodes! Sí, duele, lo sé, pero solo tanto como la vida. Nos lo dice Rhoda cuando camina por Oxford Street: «Aquí el odio, los celos, la prisa y la indiferencia forman una espuma que es como una loca imitación del vivir... Ahí está el charco y no puedo cruzarlo... Ahora avanzaré por Oxford Street. Me gusta el paso de rostro tras rostro, deformes, indiferentes. Estoy harta de lo lindo, estoy harta del recato. Navego en aguas revueltas y me hundiré sin que nadie intente salvarme».

Insistes en que ponga un sello y que, con él, ahogue tu verdadero nombre. Una palabra en un historial clínico que lo justifique todo. Un refugio. Salvado. Solamente dormir y que el dolor se desvanezca. Me pides un nombre que te sirva de escudo para el miedo, una gruesa concha que dé cobijo a la tortuga. Y poder seguir sufriendo en silencio, en tu mundo de grises. Cambio, cambio... ¡Cambio! De paradigma, de forma de vida, de actitud, de entorno. Todas las alarmas se disparan, las luces rojas no te dejan dormir y, mientras, tú, solo sigues compadeciéndote. Te aíslas de los ojos ajenos, los que te estigmatizan porque no comprenden, ni tienen la capacidad de entender, un estado intrínseco al propio ser. Me pides esa misma etiqueta que sostiene estadísticas mal hechas, que hace ricos a los que drogan a la población con remedios milagrosos, a los que convierten una condición humana en enfermedad. No seré yo la que te engalane con un diagnóstico, no esperes que te calce con la palabra maldita. Yo soy médico y creo en ti, quiero mostrarte el puente sobre el charco que no pudo cruzar Rhoda, sobre el árbol caído que dejó inmóvil a Neville, y sé, porque lo sé, que lo cruzarás tú solo. Porque si me rindo y escribo ese dictamen que tanto quieres oír, ¿qué nos quedará entonces? Solo algo tan real como una condena, para siempre incrustada en tu memoria, apoderándose de tu destino. Sí, es cierto, me obligan a poner etiquetas, pero felizmente desobedezco, estoy de tu lado y no seré yo la que adormezca al ser humano cuando se rebela. Mi conocimiento no está en venta, no soy un camello legal. Cuánta razón tenía Rhoda al gritar a sus captores: «¡Cuánta disolución del alma exigís solo para poder vivir durante un día, cuántas mentiras, cuántas reverencias, cuánta palabrería fluida, cuántos roces y cuánto servilismo! ¡Me habéis encadenado a un punto, una hora, una silla, y os habéis sentado delante! ¡Me habéis arrancado los espacios blancos que median entre hora y hora, con ellos habéis formado sucias píldoras y las habéis arrojado a la papelera con vuestras grasientas zarpas! Y estos espacios eran mi vida».

Virginia Woolf sabía perfectamente de lo que estaba hablando, lo describió con madurez, sin filtros ni censuras. Sin nombres. Y nunca más nos dejó solos. La caja de clínex en mi mesa tiene un propósito real —digo a mis pacientes— y raro es el día en que no hace su servicio. Insisto, no estamos solos. Virginia nos habla de los síntomas de baja autoestima y de la sensación de inadaptación a través de Rhoda: «He nacido para que me hagan añicos. He nacido para que se burlen de mí toda la vida. He nacido para ir arriba y abajo, entre estos hombres y estas mujeres de rostros convulsivos y lenguas mendaces, como un corcho en un mar alborotado. Soy la espuma que llena de blancura las más alejadas oquedades de la roca. Y también soy una muchacha, aquí, en esta sala». Y con Neville nos recuerda los sentimientos de inutilidad y la fatiga crónica: «Tendré riquezas. Tendré fama. Pero jamás tendré lo que quiero, porque carezco de gracia corporal y del valor derivado de ella. Mis fuerzas flaquean antes de que llegue al objetivo y caigo al suelo. Donde quedo como un montón húmedo y repugnante. En las crisis vitales suscito lástima, y no amor». Los sentimientos de pesimismo o desesperanza nos los explica Louis junto a su percepción de aislamiento social y de estar excluido: «Los sombreros suben y bajan, la puerta se abre y se cierra sin cesar. Tengo conciencia de un fluir, de desorden, de destrucción y desesperanza. Si esto es todo, carece de valor. Las camareras, sosteniendo las bandejas en equilibrio, se alejan y se acercan, y dan vueltas y vueltas. (...) ¿Dónde está la fisura por la que uno vislumbra el desastre? El círculo está cerrado, la armonía es perfecta. Pero yo no estoy incluido. (...) Yo, que deseo sobre todas las cosas ser abrazado con amor, yo, soy un extraño, un ser externo. Yo que quisiera verme cubierto por las protectoras olas de lo común, diviso de soslayo un lejano horizonte». Rhoda comenta otros muchos puntos interesantes: la pérdida generalizada de interés o de placer: «Si fuera capaz de creer en la posibilidad de envejecer al servicio de una finalidad y al compás de los cambios, me libraría de mi temor. (...) Pero no hay presa, no hay ni un solo cuerpo, que me incite a ir en su busca. No tengo rostro. Soy como la espuma que se desliza sobre la playa»; los cambios de apetito, trastornos del sueño: «Imploraba que el día se convirtiera en noche. Siempre deseaba que la noche se alargara, para llenarla más y más de sueños»; la falta de concentración y los pensamientos recurrentes de muerte: «Me iré. Quiero aprovechar la tarde. Emprenderé una peregrinación. Iré a Greenwich. Sin miedo, me arrojaré a los tranvías y a los autobuses. (...) Ahora me entregaré. Ahora me soltaré. Ahora por fin liberaré lo retenido, el violentamente rechazado deseo de ser consumida».

Aquí tienes tus criterios diagnósticos presentes durante un día, tres meses, dos años, una vida, qué más da. Quien no se sienta identificado, que lance la primera piedra. ¿Que por qué seguimos? Meryl Streep te da la respuesta en la película *Las horas*. Su amigo le pregunta: «Te enfadarías si muriera, ¿verdad? ¿Sabes? A veces pienso que solo sigo vivo para satisfacerte». Y ella responde: «Eso hacemos todos. Seguir vivos por los demás».



PLACER

PLACER

MANIC DEPRESSION

1. Clockwork Monk

La sombra de tu casa triste tira de mí hacia el fondo. El espectro de tu talle duro ancla mi alma en el fondo del río. No necesito piedras, en el bolsillo llevo el libro dorado que me regalaste.
No tengo formación ni argumentos, no he pensado en toda mi vida; simplemente salí del claustro, crucé el linde y colmaste mi pensamiento de veneno y peste.
Construiste para mí una choza de algas en el claro del bosque y la llenaste de menstruación negra. La misma que rezumaba tu boca cuando te mostraba la Santa Cruz, la misma que supuraban tus ojos al contemplar a Nuestra Señora.
Nunca pensé que el fondo del río sería un lugar para mí, pues he sido un humilde y devoto siervo, siempre a resguardo de los demonios, siempre amparado por los Santos. ¡Oh, San Jorge! ¿Cómo resistir a la hechicera de voz grave?
Más que el Ouse, este río es el Leteo, retorno sin fin, corriente ajena al poder purificador de las Potestades.
Eres Lady Macbeth.

2. Lover's Gin

La agonía del artificio impregna la sala. Lejos del centro nace nuestro pesar. El potro está preparado para los amantes que en su simulacro no se permiten verdad. ¡Qué lejos resta la inocencia de las playas tras el diluvio! Hoy, aquí, tras la ginebra está la muerte, ¿no la sientes? (y la carne y la sangre se hallan ausentes).
¿Has visto qué película nefasta? Protagonizada por todos nosotros, tus amantes; y tú siempre impiadosa, distante, tan ausente y helada... Las manos nerviosas, los ojos esquivos.
Algún día proyectarán mi horror en la sala y la Divinidad tendrá a bien otorgarme algún favor.
Hondos son los escombros de los cigarros, la lucha infame y tu dolor (un rastro de artificio permanecerá por siempre en tu alma).
Entre todas aquellas casas, las vueltas de los huesos en torno al sol, te abismabas desde la baranda con las botas hacia la noche. Aquellas tardes han muerto, fuimos incapaces de sostener el gemido y aquellas cosas, construidas sin raíz, fueron carbonizadas por tus manos, aquellas que albergaban el delirio persa de las dulces espadas, el jardín de las delicias, la pérdida más triste del destello.
En torno tuyo orbitaban tres soles.

3. Queen of Hearts

Las estatuas de Westminster tienen flujo y la pareja de lesbianas saborea el esmegma. El himno destruido en la melaza de las estaciones y el visionado del film acabó con su vida. La letra pequeña y aguda denotaba introversión y agresividad. La depresión maníaca dibujaba esferas en el balcón y en la sala. Escribía sobre castillos e impartía cursos desde donde organizaba tríos: ella y dos estatuas sin vientre degolladas por la luz interna de las brasas del sepulcro.
Atadas al interminable río las mujeres practicaban entomología con los hombres. Delirio shakespeariano vuelto del revés por una perla retirada con pinzas de la comisura del párpado. Déjame caer en tu hipnosis y en la elipse clara de tus palabras cerca de mis labios. Rata de hiedra, fulgurante como la libélula perseguida por dos moscas. El himno más dulce es el alce herido. En las sillas de la primera fila nacían las estepas últimas del logaritmo enternecido por las marañas de nácar, que solías morder al finalizar la tarde, en tu piso enfrente de la industria antigua. Helechos nacían de tus axilas encarnadas en piedra al borde de la nación india, enterrada en plata y oro como las alimañas a las que alquilabas el cuarto.
El canto en pos de una escritora es el canto amargo que solo fenece tras la puerta del convento; hacerme monje es lo que planeaste para mi final paupérrimo. Tú no me enseñaste cosas de rojos, me mostraste el infinito. Largas esperas en el subte para llorar por tus medias y desfallecer por tu talle filósofa que enamoraste a un cuerdo.
Himno de alubias en la tarde inquieta, alborozo en la arcilla de los chicuelos que rezan por una limosna agarrando tu falda de hada (qué cuentos antiguos aquellos de cartón y tu almohada helada de ninfa).
El resto es silencio.

ORLANDO VR

Allí por enero de 1994 escribía Lourdes Gómez en *El País*: «La dificultad en la realización de *Orlando*, estrenada ayer en España, la primera adaptación cinematográfica de la novela de Virginia Woolf, con un presupuesto cercano a los 600 millones de pesetas (3 millones de libras esterlinas) llevan a Sally Potter a describir su aventura como milagrosa. La directora cree que el feminismo "es una palabra volátil", pero admite que su película hace una lectura de la novela desde "la complejidad y la riqueza femenina"». Se trata de la crítica de la aún hoy considerada mejor adaptación cinematográfica de un relato de la autora. A propósito, su directora, la siempre interesante Sally Potter, está a punto de estrenar su último trabajo, *The Party*, que recibió elogios en el pasado festival de cine de Berlín y cuenta con un reparto extraordinario.

Por supuesto existen (además) algunas películas decentes que casi siempre asociamos a Woolf:
- *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, la espléndida adaptación que hizo Mike Nichols de la obra teatral de Edward Albee. Nada que ver con la obra de la escritora.
- *Las horas*, de Stephen Daldry, escrita por David Hare adaptando la novela de Michael Cunningham, ganadora del premio Pulitzer 1999, casi ná. Tampoco tiene nada que ver con el corpus woolfiano aunque sí utiliza algunos datos biográficos —las depresiones y los suicidios dan de sí— y tiene el mérito de haber (re)popularizado (homenaje a M.) a la autora entre las clases medias occidentales del siglo XXI. Entre novela de Murakami y novela de Larsson (o de Dai Sijie y Allende, da igual) me voy a leer un libro de esta señora de la peli con la Nicole Kidman y la Meryl Streep que hace de bi, ¡venga!, la Mrs. Dalloway contemporánea. Banda sonora de Philip Glass, maravillosa.
- Una *Mrs. Dalloway* de Marleen Gorris totalmente irrelevante.
- La estupenda *Al faro* con un joven Kenneth Branagh.

Y muy poco más...

¿Por qué es tan nefasta la adaptación fílmica de Woolf?

APLAUDAMOS A SALLY (por tanto).

Pero, aplausos aparte, esto es lo que la muy talentosa Miss. Potter nos explicaba al respecto de su film: «Pero, por supuesto, Virginia Woolf es la autora de las ideas básicas. Yo las he interpretado para el cine», y aun «Mi tarea con la adaptación del libro de Virginia Woolf para la pantalla era encontrar una manera de permanecer fiel al espíritu del libro y a las intenciones de Virginia Woolf. Era despiadado cambiar el libro de cualquier manera, así que era necesario hacerlo trabajar cinematográficamente». «Los cambios más inmediatos fueron estructurales. La historia se simplificó, todos los eventos que no son significativamente la historia de *Orlando* fueron eliminados», e incluso «Potter argumentó que el medio más pragmático del cine exigía razones para impulsar la narración sobre la abstracción y la arbitrariedad de la novela, sobre todo porque la historia misma se basa en una especie de suspensión de la incredulidad».
Bien. Tenemos un problema. El cine no da suficientemente de sí como para adaptar una obra literaria en su total complejidad y riqueza. Su lenguaje requiere de ciertos sacrificios. Sacrificios lingüísticos. Sacrificios temporales, ya que la película será una experiencia colectiva en una sala

compartida con decenas de otros espectadores, y por lo tanto con apremios fisiológicos propios de la especie; logística de movilidad y almacenaje de los individuos; o, en el caso de experimentarla en el entorno familiar, definición concreta de los espacios y tiempos requeridos para su uso y disfrute. Muy prehistórico, a fin de cuentas (aunque en el aspecto temporal deberemos reconocer que la sorprendente explosión de las series ha determinado notablemente la capacidad de los menajes para adaptarse a una inclusión masiva de temporalidad invasiva en la experiencia vital del ser).

Vamos por lo tanto por buen camino, Sally.

Si la experiencia del cine no se limita únicamente a los factores de tiempo y de espacio, ni de industria y explotación, ni incluso de ritual y salvaguarda, ¿podríamos plantear, al fin, una adaptación fiel, real, honesta a fin de cuentas, y hasta respetuosa (sí, ¡cojones!), de la obra literaria? Estamos avanzando en ello. Las nuevas tecnologías nos permitirán establecer un nuevo paradigma en la recreación audiovisual de las obras literarias. Al fin una verdadera inmersión dentro del texto y de su flujo narrativo.
Ya no soy un espectador pasivo merced a las limitaciones técnicas y combustiones esporádicas del celuloide. ¡Puedo decidir! Miro a la derecha, miro a la izquierda. 360º de pura libertad. Sonido binaural que me indica que todo está sucediendo a mis espaldas y yo no me entero de nada porque no muevo la jeta. Voz en *off* a tope que reproduce la obra en su totalidad sin reparos. Bienvenidos Virginia, Marcel, James... al cine por fin, el medio que aún era muy joven para entenderos, para absorber y adaptaros noblemente. Adiós a la cuarta pared, adiós a la duración, ¡al metraje! El cine liberado por fin de sus antiguas y pesadas limitaciones.
El espectador en el centro de la película.
Todo va bien.
Todo.
Salvo el hecho de que el Google Docs me corrige automáticamente el nombre de Marleen Gorris. A ver: Marlenn Goris, Marleeeeen, Marlen G, Lily Marlenn, Marlen Gorrris, Marlen Goris. Maravillosa tecnología (sic).

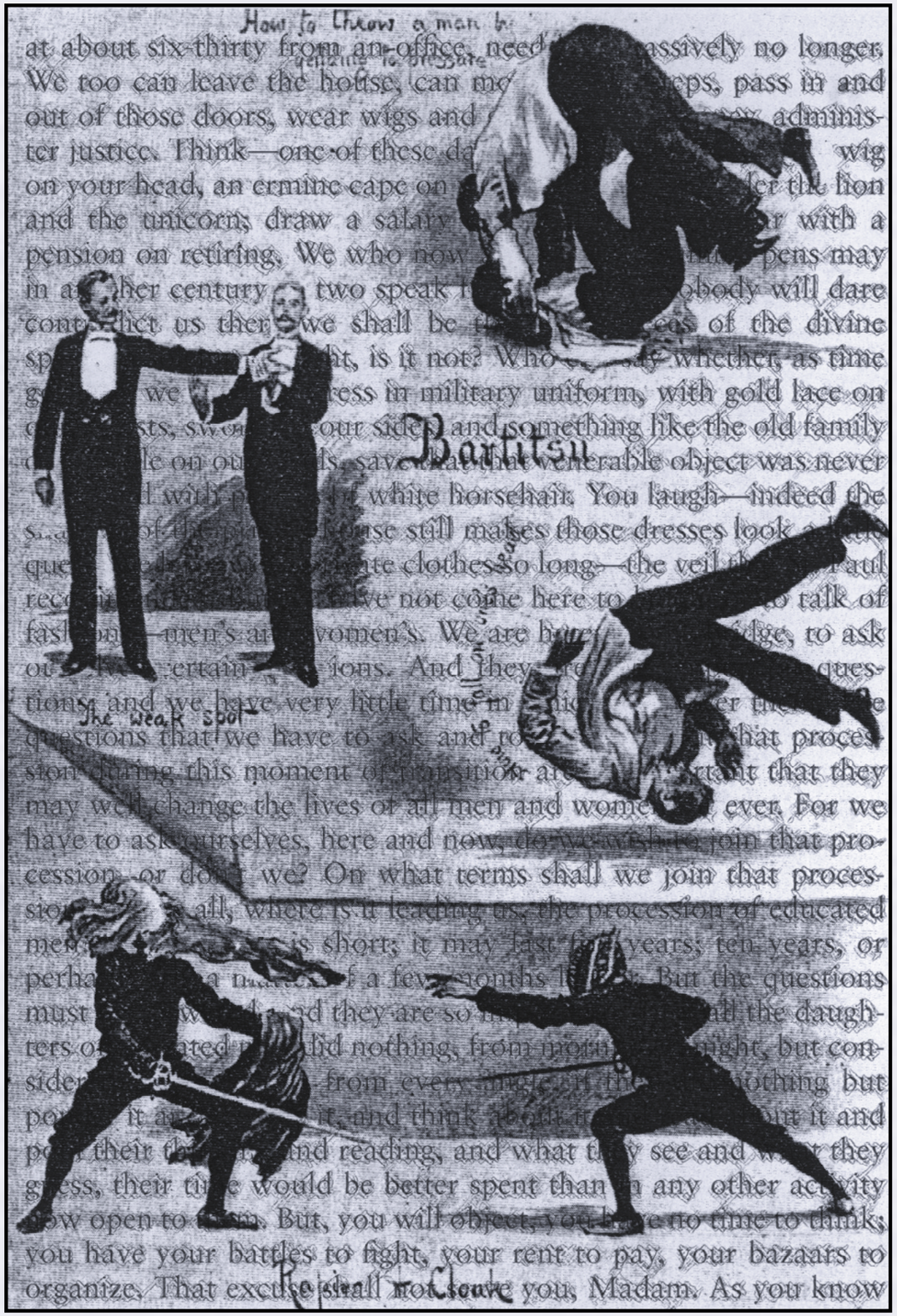
La inconmensurable Tilda Swinton en *Orlando*.

LA ANÉCDOTA

Hace ya años, cuando cursaba la materia *Teoría y crítica literaria I* en la universidad, una cátedra bonita pero insulsa: insuficiente para nuestros afanes de escritor, innecesaria para los que solo querían el profesorado y vacía para los pocos que veían en la crítica una vocación real, recibí uno de esos consejos que por inesperados tienen una impronta permanente en nuestro inconsciente y por valederos se podrían adaptar a muchas situaciones de la vida cotidiana. Fue al final del segundo cuatrimestre (así se dividía el ciclo lectivo en el paleolítico universitario), después de haber tenido que redactar las críticas a *El otro cielo*, un relato delicioso de Julio Cortázar, y a *Los de abajo*, una novela breve pero intensa de Mariano Azuela, y a pesar de haber entregado el primero de los dos trabajos escrito «a mano» (a boli, vamos), me alcanzaba para llevar dos buenos parciales antes del trabajo final, donde deberíamos enfrentarnos, ya lo sabíamos de antemano, a Virginia Woolf. No recuerdo el nombre del titular de cátedra, pero el adjunto creo que se llamaba Ricardo, era un profesor joven y nos caíamos bien, así que lo elegí a él para que fuera el tutor de mi trabajo, en una de esas clases de tutoría previas a la entrega de la crítica y la ficha del texto en cuestión y viendo lo perdido que iba, me preguntó que «qué me pasaba», si «no había leído la novela» o si «tenía problemas de algún tipo» entonces le dije lo primero que se me vino a la cabeza, y creo que era la pura verdad: no creo que pueda, no me gusta el texto... le supliqué que me dejará escoger otro de otro autor, le pregunté si no había esa opción. Su sonrisa evidenciaba una respuesta inteligente, aunque innecesaria pero allí radica, creo, lo importante de la anécdota: «Ah, m'hijo —me dijo— criticar lo que nos gusta es lo fácil; nuestro trabajo, esencialmente, consiste en saber pararnos frente a lo que no nos gusta y juzgarlo con criterio». Cabe decir que el consejo me sirvió en infinidad de ocasiones, pero aún hoy me cuesta enfrentarme a determinados textos literarios.

A pesar de las grandes discusiones que a veces tenemos en torno a la valoración estética de un texto en el seno de esta asociación (me permito remitir el interfecto de que La Mordida Literaria es quien desarrolla PLACER) aún no puedo evitar que sea dicho primer contacto el que acabe condicionando la lectura de una obra. En este aspecto el modernismo británico es una de las deudas literarias más pendientes y más pesadas que tengo como lector. Quiero destacar que no me refiero, como muchos lo hacen, a un periodo de tiempo determinado (últimas décadas del XIX, hasta los años 40 del XX) sino más bien a ese movimiento más o menos homogéneo que se desarrolla en la literatura inglesa en el primer tercio del siglo pasado y que podría contar entre sus máximos exponentes a la autora que nos concierne, pero también a Joyce, Kipling o Shaw y no por coetaneidad, por ejemplo, a James. En términos de preceptos generales, como todas las vanguardias culturales, podríamos citar que la ruptura con el modelo decimonónico y los presupuestos literarios del realismo de la Inglaterra victoriana, una constante manipulación de la Forma y la inclusión de la nueva realidad sociocultural (la Gran Guerra imprimirá un sello descorazonador y pesimista) serán los grandes pilares de este «ismo» que convive con otros (era una época algo revolucionada en la Europa cultural y en la otra) mucho más potentes y contestatarios, con una gran impronta de renovación y experimentación metodológica, de contenidos y básicamente social, que surgieron por esos años. Tales son los casos del futurismo (en Italia), el dadaísmo (en Suiza), el surrealismo (en España y Francia) o el vorticismo (efímero y también inglés). Pero el modernismo, con su pulcritud británica, sus descripciones larguísimas y sus formalidades estilísticas que rozan con lo perfecto y lo artificial nunca me sedujo. Por eso me costó tanto plantarme frente a esa novela de Virginia Woolf, para muchos un novelón, y establecer una relación «crítico—obra», «alumno-profesor»: todavía no entiendo cómo pude haber sacado un 4, si aún no acabé el libro...

PLACER



VIAJES DE GOZO Y PLACER

Lo comentamos al principio: somos darwinistas (y en voz más baja, afirmamos también con no poco pudor: somos amantes de las mutaciones más bizarras). PLACER evoluciona (involuciona, dirán algunos), no sabemos cómo ni hacia dónde, pero el hecho es que este barco avanza inexorablemente. O quizás, simplemente, el barco navega a su antojo y nosotros colgamos de un anzuelo, dispuestos a ser devorados lentamente por los peces de colores, cansados a su vez de luchar denodada e inútilmente contra la corriente del tiempo. El Tiempo, que acabará al fin con todos ellos y con todos Nosotros (sí, nuestra divinidad es paradójicamente, como tantas otras de nuestras «cualidades», mortal). Por otra parte, la tripulación, empachada de mareo y gasoil, nos mira de reojo maliciosamente. Quizás al final decidan rescatarnos y darnos otra oportunidad. Quién sabe. Estamos preparados para todo, incluso para dibujar un nuevo vector de puntos en el mundo y completar dos años, cuatro solsticios, ocho estaciones de viaje ininterrumpido. Repetimos, estamos dispuestos a todo y eso es tanto como estar dispuestos a nada. Del mismo modo que pensamos que nuestro refugio radica en la creación, los animamos a no quedarse en esa superficialidad indiscutible y saborear el poder destructivo de nuestras acciones. ¿Qué es lo que hemos hecho hasta ahora con los autores escogidos? Básicamente, los hemos arrastrado de los pelos hasta la iconoclastia más anatémica. Y nos hemos quedado cortos. Los mitos, sus mitos, algunos de ellos por lo menos, han sido sodomizados únicamente para el regocijo de nuestro ego. Y esa sigue siendo nuestra intención, aunque no tenemos claro por cuánto tiempo más. Recuerden que la última vez, esta, regresamos a la vieja Europa desde el lejano Oriente y acabamos bajo el agua, hundidos por el peso de la locura y unas pocas piedras en los bolsillos. Y cerca nos vamos a quedar unos meses más. Simplemente cruzaremos el canal de la Mancha en nuestro pequeño barco y retrocederemos unos cuantos años, al inicio de la época moderna y la decadencia y la bohemia en la ciudad. Modernidad que en realidad es solo una adecuación al mundo mecánico de las preocupaciones humanas de siempre. Modernidad, decadencia y bohemia. Sí, amigos, del mismo modo que la única herramienta para estudiar nuestro cerebro es el propio cerebro y eso impide una comprensión objetiva de las cosas, nosotros también somos incapaces de entender cómo huir de esta espiral pseudoliteraria que nos ha absorbido. Quizás por ello, la siguiente parada en nuestro deambular será la poesía. Es necesario detenerse ahí, aunque sepamos el refugio violado que siempre ha sido. Nuestros cañones de juguete cercan París.

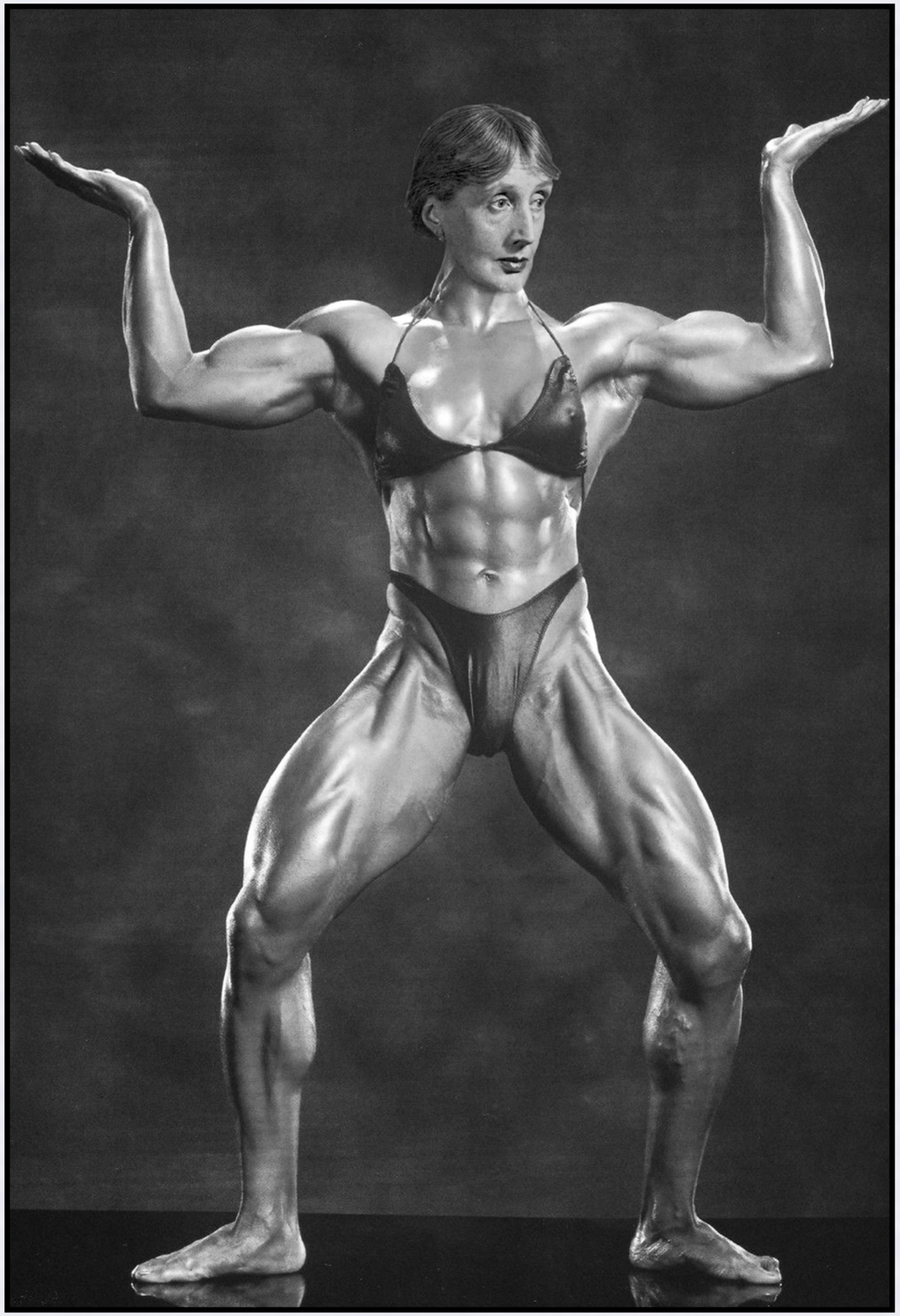
CERDITOS

«No puedo seguir destrozando tu vida por más tiempo.
No creo que dos personas pudieran haber sido más felices de lo que nosotros hemos sido.»

PLACER
emana de la asociación
La Mordida Literaria
y en este número han participado:

Carme Verdoy (*Biografía*)
Aitor Vélez (Carboncillo Virginias)
Mireia Mullor (*Vida entre líneas*)
Pedro Vizán (*La gran presdigitadora*)
Dani Ites (Ilustración *El Faro*)
Omar Jiménez (Texto y fotos de *Flotografías*)
Alfonso (*Un ponche bajo el agua*)
David Pérez (*Crítica a la obra de Virginia Woolf* y *Manic depression*)
Sr. Presidente Canut (*Compañeras ocasionales*)
Alex Martí (*Las olas, tú...¿qué más da?*)
Arnau Quiles (*Orlando VR*)
Esteban Barbaria (*La anécdota*)
Marcos Pérez y Víctor Fernández-Dueñas (Lo demás)
Carme Ribas y Penélope (Conmoción ortográfica)
Àngels Piédrola (Asuntos web)

Agradecimietos especiales a:
Man Ray

Consejo Editorial:
Víctor Fernández-Dueñas
Marcos Pérez

placer@lamordidaliteraria.com